

PENALES
EN LA
SIESTA
Y OTROS CUENTOS

ROGELIO AGUILERA

Corrección: Profesora Ana Emilia Durán.

Ilustraciones: Alejandro Toro (dibujo a mano alzada) Año 2012
torounder@hotmail.com

Diseño Gráfico: Gabriela Roxana Sosa
gabrielaroxanasosa@gmail.com

rogerleo27@hotmail.com

ISBN

2

ROGELIO AGUILERA

PENALES en la **SIESTA**
y otros cuentos

Antes de cumplir un año,
Mateo sólo pronunciaba tres palabras:
Mamá, Teta y la más importante de todas: **Gol.**

**La primera vez que pisé una cancha fue
tomado de su mano. Gracias papá ...**



INDICE

Antes de empezar el partido (Prólogo)	9
Señor Apo.....	12
La magia de Pascualito.....	20
Los micros no paran.....	30
Al Flaco se lo llevó el fútbol	50
Sin estrenar	58
Penales en la siesta.....	80
Invictos.....	102



ANTES DE EMPEZAR EL PARTIDO

Desde que Rogelio me convocó para escribir estas líneas tuve la certeza de que estaba frente a un gran libro. A medida que fui descubriendo los cuentos con los que se va a encontrar el lector, reafirmé lo que presentí. Tenemos el mismo apellido, pero no somos parientes, aunque nos une algo: la pasión y el amor que sentimos por el fútbol.

En estas páginas van a descubrir muchas anécdotas, van a disfrutar de un repaso por historias que se nutren de lo que genera el fútbol. La imaginación para relacionar lugares, personajes, hechos, hacen que a uno vuelva a producirle esas sensaciones tan recordadas de mi amada Mendoza. Desde los partidos interminables en el barrio donde cada integrante del equipo defendía la pelota como si fuese una final del mundo; hasta armar la canchita en el campito como si se tratara de La Bombonera o el Monumental, sin importar sus pozos o que casi no tuviera césped el terreno de juego. Son parámetros de los que todos, los que queremos este deporte tan popular y apasionante, hemos palpitado en nuestra juventud.

Los relatos son tan claros que la emoción me embarga cada vez que vuelvo a repasar estos capítulos que aquí forman parte de *Penales en la siesta y otros cuentos...* Pascualito, duelos barriales, canchitas, campeonatos intercolegiales, la pelota Tango, la magia que despliega una jugada maravillosa, los ídolos, el amor. Todas ellas son palabras que tienen un significado en sí mismas pero que

cuando se mezclan con tanto talento, como lo hizo Rogelio, nos permiten viajar a través de ese mundo fantástico.

Deseo que puedan experimentar las mismas sensaciones que este libro generó en mí. Comencemos el partido.

Leandro Tato Aguilera.
Periodista deportivo.

SEÑORAPO

San Martín, Mendoza. Viernes 17 de junio de 2005

Estimado señor Apo:

El motivo de esta carta es muy especial y sobre todo muy particular (aunque cada uno de los que te escribimos, creemos que nuestro escrito es especial y sobre todo particular), ya que la intención de la misma es contarle un cuento y que usted desde su caja mágica, la de las voces sin rostro, comente mi atrevimiento.

Si, ya sé, usted pensará "este pibe se confundió; el que cuenta los cuentos soy yo". La situación es que, este cuento es un regalo que le ofrezco desde el silencio de mi paisaje, en agradecimiento por todo aquello que nos brinda con tanto afecto, y que tal vez pocos se animen a devolverle. Me disculpo de ante mano querido Alejandro; mi intención es apenas una migaja humilde en comparación con su apasionado trabajo.

Así es que sentado frente a este artefacto extraño para manos que están acostumbradas a la sutileza y suavidad del viejo lápiz, al perfume que florece de una hoja límpida de papel recién sacado del block reservado para ocasiones especiales (la piba, la redonda, Diego...), y tantas otras pasiones que nos hacen vivir día a día, es que me dispongo a escribirle.

Lástima que no pueda escucharme, aunque sé de sobra que no le hace falta porque al igual que usted, los que vivimos con la radio en la sangre



imaginamos todo incluso una carta.

Después de tanto tiempo de escuchar sus relatos de guerreros y magos del fútbol, de los cuales, debo confesarle, me siento protagonista de algunos. Aprovechando que usted me hace viajar a ese mundo mágico donde lo más increíble e inverosímil puede pasar y ser real; (y si no, que alguien me niegue haber estado bajo la piel del "Pichón de Cristo", o la de aquel pibe en la que fue a jugar su alma, o cuando el arquero aquel ¿cómo se llamaba?, ah sí, el Gato Díaz, atajó el penal más largo de todos los tiempos) es que me atrevo a contarle algo que me sucedió el sábado pasado escuchando su programa.

Antes debo expresarle lo mágico de todo esto. Soy maestro en una escuelita albergue usted

sabe, de esas que están perdidas por ahí en algún lugar olvidado de nuestra querida Argentina. Una de esas escuelas que hacen que todos los niños que viven en lugares casi impenetrables puedan estudiar, soñar y por supuesto, jugar a la pelota. Porque usted que es el genio de la imaginación, querido Alejandro estará en este momento percibiendo todo el espacio que debe haber para construir miles de potreros en los que los niños lastimen sus rodillas y rompan sus ya rotas zapatillas corriendo detrás de una redonda, muy emparchada y desprolija.

El lugar es tan lindo. Digo lindo, porque es el calificativo más cálido que encuentro para describirlo, y que a veces me hace pensar y preguntarme si es tan real como lo siento. Es un paraje perdido bien al norte de la provincia de Mendoza; casi que se besa con el ardiente San Juan si no fuera por el majestuoso y apacible río que los separa. Es una comunidad de aborígenes huarpes curtidos por el sol bravío del verano y las despiadadas heladas del invierno. Un mundo distante que a pesar del olvido y el padecimiento que ha sufrido y soportado durante tanto tiempo, tiene que luchar día a día por el lugar donde nacieron sus ancestros y que les pertenece por historia. Allí la arena y el Zonda juegan a la mancha; el cielo en las noches claras se ve como cuando uno llega por primera vez a Buenos Aires, imponente y sembrado de miles de luces que impresionan el alma y lo dejan a uno suspirando sollozos de paz. El silencio, el silencio, señor Apo,... en el ocaso del día es el mismísimo susurro de la nada, una voz tenue como la de una madre despertando a su niño. ¿Alguna vez escuchó el silencio, querido Alejandro? Qué más puedo decirle, el amanecer es

un rito irreplicable cada mañana con los pájaros a puro grito y la pureza del aire que rompería cualquier pulmón de ciudad.

El pueblito está enclavado en un desierto; sí, en un desierto hecho por el hombre, ya que en un principio estaba cubierto de algarrobos, cañales, retamos y sobre todo, de agua. Se llama "Lagunas del Rosario". No se ría don Alejandro, es verdad. Se llama así porque sus lagunas formaban las cuentas sagradas de un rosario natural custodiado por la piadosa virgen del lugar. Allí terminaba el río Mendoza trasladando a aquellas tremendas soledades todo el canto de la gente que vivía en su margen. El viejo amigo de los huarpes donde descansa la voz de los poetas cuyanos regaba aquella mítica y sagrada tierra. Pero usted sabe, el hombre, la ambición, la pu... hicieron que el agua se convirtiese en arena, que los árboles fueran recuerdos que se llevó el ferrocarril en las fauces de las calderas, y que por cierto también aquí es un recuerdo. Sepa disculparme si me voy tan lejos, es que son penas que muy pocos escuchan. Usted me entiende, le pasó con su Riachuelo le mintieron ¿verdad? Pero bueno, eso es otra historia que tal vez algún día podamos compartir.

Como le decía, soy maestro. Juego al fútbol como juegan los maestros con la vida, me gusta dejar todo en la cancha, ser leal y sobre todo ganar; aunque algunos me tilden de fanático y digan que sólo es un juego. Entreno a mis alumnos en las horas en las que no tenemos clases, me sobra el tiempo para jugar con ellos. La cancha, nuestro Monumental, está dibujado sobre una de las pintorescas lagunas que le contaba. Allí mis niños sueñan y se convierten en héroes como los de sus relatos.

Aníbal por ejemplo, vuela como el Pato y no siente la caída sobre la dura tosca, sino que su alma y sus ganas de volar hacen que él sienta que cae sobre la verde gramilla sagrada de la Bombonera. Roberto, que es el más grande, se comporta como el Enzo y les enseña a sus compañeros con la lealtad de un príncipe, que hay que jugar en equipo para triunfar. Así cada uno de ellos se pierde en las cálidas siestas en aquel mundo de fantasías y sueños que usted ha creado en su corazón.

Seguramente se preguntará cómo. Y es que esto es lo mismo que cuando el viejo te cuenta las historias que le narró su padre alguna noche antes de dormir. Así sucede. Esas historias que usted me cuenta sábado a sábado, yo se las relato a mis "hijos", antes de dormir.

Es aquí donde usted aparece, mi querido Alejandro. Resulta que el sábado pasado disfrutando de sus fantasías, sumergido entre el placer de la siesta y la voz lejana de la vieja radio que reposa en la pared del hacinado albergue que tenemos los varones, me despertó el llanto triste de un chiquito de jardín, que después de seis días de ausencias de afectos en la escuela, no ansía más que ver a su mamá.

Su mirada triste, y su "quiero irme pa' la casa, maestro", me terminaron de impulsar para vestirme. Lo tomé entre mis brazos, como hace cualquier padre con su hijo, y mientras le explicaba que sólo quedaban tres días para irnos, algo inentendible para él por supuesto; escucho en la radio a una señora que te agradece por haber elegido contar "Señor Labruna". Como hincha acérrimo de River, imagínese mi emoción. Entonces,

aprovechando que era un cuento que no había oído nunca tuve la idea de hacérselo escuchar a mis niños.

Empecé a los gritos; "arrímense que vamos a escuchar un cuento; vamos niños, vamos a escuchar un cuento". Comenzaron a amontonarse al lado de la cama, que por cierto sirvió de asiento para muchos, otros se sentaron en el suelo, y así desparramados por todos lados, esperamos su relato.

Recuerdo que la gente seguía agradeciendo, después se escuchó su voz tersa y pausada hablando de un genio humilde y descarado que había hecho no sé qué cosa con los ingleses y otras locuras, que por cierto sólo puede hacer un genio de esa estirpe. Por fin, el ansiado: "y la sabiduría contó un cuento".

Como todo niño que está pronto a escuchar un relato nos quedamos en silencio, ansiosos de una nueva aventura futbolera.

Cuando inició la narración y su voz empezó a adueñarse de mi imaginación, me di cuenta de que ese cuento, esa fantasía que flotaba en la habitación (que vaya a saber quién le propuso a usted que lo narrara), hablaba de mí. Yo era ese maestro que estaba en ese lugar tan alejado y que ansiaba, deseaba con el alma, ser protagonista de su relato.

Por fin mi sueño se había hecho realidad, pero no entendía cómo. Sentí una angustia dulce, creo que fue el no poder compartir aquello tan maravilloso con mi esposa, con la cual comparto entre otras cosas ir los domingos cuando juega nuestro entrañable San Martín de Mendoza, el equipo por el cual lloré más de una vez de pena y de alegría. Pero ella es un capítulo aparte en esta historia,

sólo le diré, don Alejandro, que es el puntal de mi rancho y de mi soledad.

Después de esa angustia dulce que invadió mi pecho y mi garganta, rodó una lágrima de agradecimiento que disimulé rápidamente por orgullo nomás, o tal vez por no querer que los niños vieran llorar a su maestro. Luego un silencio, una cortina blanca y luminosa, como las que cuenta Víctor Sueiro que me trasladó a la Puna jujeña, donde transcurría la historia. Sabía que era un sueño, don Alejandro, pero era mío.

Allí terminé de vivir mi cuento, mi sueño. Porque no me diga, don Alejandro, que usted no lo hizo adrede. Usted se puso de acuerdo con mi esposa ¿verdad?. Usted sabía de mí, usted sabía que yo lo estaba escuchando y disimuló esa historia del viaje de Labruna a esa escuelitajujeña y todo lo demás; la disfrazó para mí. Usted quiso darme una sorpresa, quiso cumplirle el sueño a un simple maestro de campo amante del fútbol y la esperanza que brindan los héroes del balón. ¿Por qué, don Alejandro? ¿Dígame por qué?

Al llegar la noche, antes de que los niños se durmieran, relaté una de esas historias que usted me contó, como lo hizo alguna vez mi viejo al lado de mi cama. Él fue quien me mostró el incomprensible mundo de ver un partido de fútbol a través de una radio; y por fin entendí entonces que los niños creen todo lo que les decimos. Yo le creo cuando usted me dice que estuvo allí, cuando Diego hizo magia en la cancha de Boca, o cuando el Enzo hizo ese gol de chilena sobre la hora. Yo le creo, don Alejandro, le juro que le creo. Será porque sigo siendo un niño y quiero seguir siéndolo por el resto de mis días.

Gracias a Dios, Juancito también me cree.

El dice: "maestro yo veo todo eso que usted me cuenta, cierro los ojos y siento que estoy ahí. Veo la pelota entrando, la gente colgada al alambre (aunque sé que jamás ha pisado un estadio), veo al arquero volar. Maestro, ¿es verdad todo eso que nos cuenta?"

- Sí, Juancito, yo lo vi. Te lo juro, estuve ahí en ese preciso lugar.

Sabe una cosa, don Alejandro, hace una semana que tengo una espina dulce clavada en mi alma, esa duda inalcanzable de saber si el cuento fue realmente para mí, o fue simplemente una placentera casualidad. Es algo que tal vez nunca pueda preguntarle personalmente, pero si usted me contestara, aunque fuera a través de la radio, yo podría imaginármelo. Además quiero decirle que si usted me sacara esa duda, esa espina que aún persiste en mí ser, yo podría darle mucha suerte, aunque sé de sobra que usted no la necesita



LA MAGIA DE PASCUALITO

A la una; a las dos y a las tres... Carlos se trepó primero, él tenía más cancha, mil veces se había colado en el tren carguero. De chiquito viajaba de polizón con su padre y sus hermanos. Los domingos era una fija, nos escondíamos en el monte a orillas de la línea del ferrocarril y esperábamos a la salida de la estación de San José a que el tren comenzara a moverse para subir y acurrucarnos entre vagón y vagón. A veces hacía frío, mucho frío. El aire calaba los huesos, así que el padre de Carlos cargaba una frazada y nos tapábamos hasta los ojos calentándonos las manos con el humito del aliento. Algunas veces me daba miedo treparme y mucho más cuando sabíamos que el tren no iba a parar y nos teníamos que largar. Había que buscar un claro que no tuviera muchas piedras, sino te raspabas hasta el alma y no sólo te podías quedar sin jugar, sino que además cuando llegabas de vuelta a la casa, no podías decir ni "mú", porque sino silbaba el rebenque. Bueno, peor era quedarse en el puesto a cuidar las cabras y pasarse el domingo entero escuchando al abuelo cantar tonaditas gustosas hasta que se hiciera de noche o se le acabara el vino. Eso era peor, además a mí me gustaba jugar a la pelota.

Al Pascualito lo llevamos medio engañado, le dijimos que don Nelson necesitaba un arquero porque el "Gorrión González" se había lesionado y sí o sí tenía que ir



con nosotros. Catorce años tenía, nunca se había subido al tren. Siempre nos acompañaba hasta la estación e incluso se escondía con nosotros, pero cuando aparecía el "tira humo" se quedaba helado viendo cómo todos se trepaban desordenados y se amontonaban donde podían. Nosotros le gritábamos: "dale Pascualito, dale..." pero él nada, se quedaba estaqueado como cuero al sol mirando sin mirar hasta que el bullicio y el tren se perdían sin dejar rastros.

¡Atajaba el Pascualito! ¡Mamá, si atajaba! Habíamos armado la canchita cerca de don Zalazar, ahí nos quedaba a un pasito a todos, no tenía mucho pasto, pero por lo menos estaba pareja y no habían tantos algarrobos cerca, así es que se podía jugar tranquilo sin que se pinchara la pelota

tan seguido. ¡Atajaba el Pascualito! ¡Mamá, si atajaba! Está bien que los arcos eran chiquitos y que nosotros no le pegábamos tan fuerte, pero el Pascualito volaba de un lado al otro. Llegaba bien abajo y bien arriba; como dicen los relatores chillones de Buenos Aires "donde tejen las arañas". Una vez nos contó que lo entrenaba don Pablo Nievas. Nosotros nos reímos porque el viejo casi que no se podía mover, pero era verdad. El viejo decía que había sido arquero en San Martín. Nosotros nos reímos, pero era verdad. Un día trajo las fotos donde salía vestido de arquero en una cancha re linda, habían unas tribunas de maderas y unos eucaliptus gigantes. Claro nunca pudimos comprobar si era el Club San Martín porque la foto era en blanco y negro, pero no quedó otra que creerle al Pascualito y dejar de hacerle burla.

Un mañana me fui a pispearlo junto con el Goly para ver cómo entrenaba el Pascualito. Nos escondimos detrás del médano esperando a que se pusiera a patear con su hermano, pero nos jodió. Apareció vestido con unos pantalones de gimnasia viejazos que usaba para el corral, una camiseta de arquero amarilla, una gorra blanca que nos habían regalado en la escuela la gente del gobierno y unos guantes de cuero como los que se usan para la viña. Con el Goly nos reíamos como locos, nos agarrábamos la panza, nos revolcábamos pero no hacíamos ruido. Se fue derecho al corral como quien va por el túnel que lleva al campo de juego. Antes de entrar se acomodó la ropa, se persignó y abrió la puertita. Atado al palenque había un ternero gordo que balaba desesperado cuando lo vio entrar. Le estaban empezando a salir los cachos y parecía más malo que doña Gringa cuando le robábamos los huevos de la pinina.

Pascualito sacó un cencerro del bolsillo, chiquito el cencerro. Se arrimó hasta el animal y se lo ató con una piola blanca en una de las patas traseras. Después sacó un pañuelo de esos que usan los hombres para el cuello y se vendó los ojos. Ya con los ojos tapados, nos dejamos de reír y nos arrimamos sin hacer ruido, total no nos veía, qué nos iba a ver. Se acercó al palenque, desató lentamente al ternero, se acomodó la ropa y lo soltó al bruto. El animal salió disparado como diablo en plena misa. El Pascualito se empezó a mover lentamente, tanteando en el aire, como jugando al "gallito ciego". El ternero se movía, sonaba el cencerro, el Pascualito se arrimaba ... el animal se movía nervioso y cuando el Pascualito lo tenía a tiro, se le tiraba de cabeza a las patas tratando de arrancarle la campanilla. En la primera revocada nos matamos de risa con el Goly, hasta el ternero creo que se reía. En la segunda casi se va de cabeza contra el palenque, pero la tercera vez el tipo se quedó parado y se arremangó la camiseta. El ternero paró las orejas y abrió los ojos como asustado. El Pascualito agitó sus brazos y cuando el animal se movió, el tipo voló casi dos metros y a mano cambiada le arrancó el cencerro de un saque sin siquiera tocarle un pelo. Así fue dos, tres y hasta cuatro veces seguidas. El tipo no fallaba, se largaba de cabeza como si estuviese en la laguna y zas, chau cencerro. Cuando se cansó o vio que era muy fácil, le ató la campanilla en la cola. El animal corría y Pascualito volaba, caía se levantaba y volvía a arrojarse. Con el Goly ya no nos reímos más. ¡Atajaba el Pascualito! ¡Mamá si atajaba!

Esa mañana, la primera vez que lo llevamos a jugar con nosotros, no le costó tanto subirse al carguero, le dio un poco de miedo verse trepado a semejante monstruo y

ver cómo pasaban presurosas las piedras entre los rieles. No le dio tanto miedo, pero jodió y jodió con que la madre lo iba a matar cuando volviera; que si no le daba las bolitas a su hermano lo iba a delatar, que si no conseguían tren para volver, que si... Esa mañana, la primera vez que fue con nosotros don Nelson lo puso de titular contra los de Punta del Agua. Me acuerdo que ganamos uno a cero con un gol del Carlos y aunque nadie dijo nada el Pascualito se atajó todo. Así fue cada domingo. Convencimos a doña **Nilda** de que el Pascualito era bueno atajando, que don Nelson quería que firmara para el club, que si ganábamos el campeonato nos iban a llevar a jugar un partido a Buenos Aires y tantas otras cosas juntas, que la pobre vieja no pudo decir que no, soñando con ver a su hijo convertido en un gran jugador de fútbol.

Esa mañana, la primera de todas las mañanas de Pascualito, subió al carguero con un bolsito viejo y gastado donde llevaba la ropa con la que entrenaba en el corral. Cuando llegamos al club parece que le dio vergüenza ver a los otros chicos con sus camisetas, botines, medias y pantalones de jugar al fútbol así que escondió el bolso y se quedó esperando a que el utilero le diera la ropa para entrar a la cancha.

Con el correr de los partidos el Pascualito se fue haciendo figura del equipo, volaba de acá para allá pillando cencerros sin ruido que se habían convertido en balones. Era difícil hacerle un gol, hasta los más grandes le pateaban con furia tratando de acobardarlo, pero el Pascualito no se achicaba, ponía sus manos curtidas y aguantaba los disparos como si nada, como si tuviera puesto los guantes de cuero. Para cuando comenzó el

campeonato ya había firmado para el club. Don Nelson tuvo que ir hasta el puesto del Pascualito para que doña Nilda diera el consentimiento y pusiera la cruz lastimera de su ignorancia y la mancha de su pulgar como rúbrica de su voluntad. Con el Goly le chapamos el carnet cuando se estaba bañando en el club para ver qué decía, a nosotros nunca nos habían hecho firmar y eso que llevábamos más tiempo que el Pascualito. Salía bonito en la foto, peinado con raya al medio, una camisa blanca y una corbata azul. Parecía un chofer de micro, con el Goly nos matamos de risa, pero no tanto, a nosotros nunca nos hicieron firmar.

Ese año la categoría del Pascualito salió segunda, un punto detrás de los mediaguinos, pero todos hablaban de nuestro arquero como el mejor de la liga. Algunos equipos quisieron comprar el pase, pero él no quería saber nada, le había dado la palabra a don Nelson de que se quedaría hasta que saliera campeón o viniera algún club grande a buscarlo. En la tercera fecha contra Cochagual se lesionó el negro Videla y le dieron la cinta de capitán al Pascualito. Qué bien le quedaba, el tipo no se las creía, seguía tan humilde y callado como siempre, pero nosotros que mirábamos desde el banco de suplentes, nos dimos cuenta de que él tenía algo especial. Esa estampa de hombre, esa mirada perdida y penetrante a la vez, que intimidaba a los rivales cuando tenían que encararlo o patearle un penal. El pibe "tenía magia", como dicen algunos, "magia".

Cuando cumplió los dieciséis años lo citaron para jugar en primera. Para entonces yo lo acompañaba a los partidos algunas veces, porque como al Goly, a mí tampoco me hicieron firmar, así que mi papá se enojó y me dijo que si

no era jugador de fútbol iba a tener que estudiar; fue así que me puse a estudiar no más. Ya no nos costaba tanto treparnos al tren. Algunas veces cuando la máquina la manejaba don Chicho, nos hacía sonar la bocina dos veces y ya era sabido que no nos teníamos que trepar, él nos hacía un lugarcito en el último vagón siempre y cuando le cebáramos mates y le convidáramos con torta al rescoldo. Era lindo el último vagón, no sentíamos frío y las piedras pasaban más despacio, al Pascualito le gustaba, a veces cuando se le daba por hablar me decía: "cuando juegue en primera en avión vamos a viajar, en avión". Yo me ría, no me imaginaba cómo se verían las piedras desde el cielo.

Su primer partido en primera fue contra los "chimberos", entró cuando lo expulsaron al flaco Aguirre. Veintitrés minutos del primer tiempo, el partido cero a cero, pelota en cortada para el Tati Molina, arrastra al dos como si nada. El Flaco que sale a achicar y se lo lleva puesto; penal y expulsión. El técnico miró al Pascualito como diciendo "salvame pibe", le hizo seña con la mano para que se levantara y pidió el cambio. Yo lo miraba desde la tribuna, pegado a la tela justo a la altura del área; él no me veía como aquella mañana en el corral. No lo podía creer, era el día, el día tan soñado. Me hubiera gustado que estuviera el Goly así nos abrazábamos, después de todo nos reímos poco, nunca nos reímos tanto del Pascualito, él era nuestro amigo. Pisó la raya de cal, le mostró los tapones al línea mientras se calzaba los guantes, lo saludó al Flaco que salía destrozado, como sabiendo que ese era su último partido como titular, se persignó y entró al campo de juego como si nada. El nueve de ellos con la pelota pisada en el punto letal le dijo a la pasada "puesterito andá a buscarla al

fondo". El Pascualito ni lo miró, caminó hasta el arco, se paró en el medio, se arremangó los puños, y aunque muchos no se dieron cuenta, cerró los ojos esperando el silbatazo del juez. El delantero sorprendido por la osadía del muchacho remató con fuerza al palo derecho. Pascualito se quedó quieto y cuando todos lo creían vencido se impulsó como un resorte y en medio del grito de gol de los visitantes, para asombro de todos, se quedó con el balón apretado entre sus manos. Sólo ahí abrió los ojos y pudo ver cómo el nueve se agarraba la cabeza y sus compañeros se le venían encima por la hazaña. El partido terminó cero a cero, pero la hazaña no fue sólo la atajada del Pascualito, sino que además fue la primera vez que un encuentro de nuestra liga tuvo su comentario en el diario local.

Cuando se terminó de bañar yo lo esperaba en la puerta del vestuario para darle un abrazo como siempre, pero se me adelantó don Nelson junto con un señor alto muy bien vestido que quería conocerlo. Se quedaron charlando un rato, casi que no quedaba nadie en el vestuario. Yo no podía escuchar lo que decían pero suponía que era un dirigente de algún club importante que lo había visto atajar y se lo quería llevar. Cuando se fueron el Pascualito se quedó sentado, sentado como en el aire, no hablaba, no miraba, no respiraba ... sólo soñaba: "Se me dio hermano, se me dio. En avión vamos a viajar, en avión". Nos fuimos al bar de los Ponce a tomar una cerveza como siempre y a esperar el tren que nos llevara de regreso al campo. Esa tarde don Cholo le dijo: "nene te pasaste hoy, consumí lo que quieras, yo invito". Tomamos más cervezas que otras veces, el tren no venía y qué íbamos a hacer,

tomamos cerveza, más cerveza que otras veces. Para cuando llegó el tren y tuvimos que treparnos ya estaba oscuro, a mí me daba vueltas todo y el Pascualito un ratito antes había vomitado. Me dio miedo treparme; estaba oscuro, le dije al Pascualito que nos quedáramos hasta el otro día, pero él quería ir a darle la noticia a su mamá, así que subimos. Estaba oscuro, nadie nos vio subir, nadie... Lo seguí casi tres horas buscando el rastro que dejaban las alpargatas gastadas en la arena, llevaba una mochila chiquita, una botella plástica forrada con tela, un sombrero marrón y una angustia seca que lo hacía sollozar sin derramar una lágrima. El Pascualito era mi amigo, no podía dejarlo solo y menos ahora cuando la soledad era la primera que tenía ganas de llevárselo para siempre. Lo seguí por ese miedo intenso que sentía en el pecho de creer que se quitaría la vida, la única que le quedaba, porque la otra, la del fútbol ya la había perdido para siempre. Estaba cayendo la tarde, habíamos entrado en el bajo de la salina cuando se detuvo a tomar agua. Sacó un pañuelo de la mochila, se secó la frente, miró hacia atrás, se acomodó la bolsa y siguió tranqueando despacio como buscando un lugar. Se detuvo justo debajo de un algarrobo corpulento y chamuscado que dominaba el paisaje con su aspecto de gigante dormido, se echó de rodillas a los pies del árbol, abrió la mochila y sacó su vieja ropa de arquero, el cencerro que siempre le ataba al animal y un lazo trenzado que usaba en muy raras ocasiones. Ya casi no se veía, como aquella noche del tren. Me acerqué despacio tratando de interrumpirlo en el momento justo, para no darle tiempo a nada. Como pudo se puso su ropa de arquero, hasta la gorra se puso, sacó el cuchillo con mango de plata que le había

regalado don Pablo Nievas y para mi asombro se ató el lazo a la cintura y se cinchó bien apretado dándose varias vueltas contra el árbol. Al principio no entendía y estuve a punto de pegarle el grito para terminar con la locura del Pascualito, pero cuando me acerqué vi con los últimos destellos de luz que sobraban en aquella tarde, relucir el filo del cuchillo que comenzaba a cavar el pie del algarrobo. Ahí estaba, la leyenda del pueblo se revelaba ante mí como una verdad absoluta, "el hormiguero del diablo", aquel socavón profundo del que brotaban miles de hormigas doradas que según los viejos curaban a las personas de sus males y pesares más íntimos. Un susurro comenzó a poblar el silencio del campo, el Pascualito seguía cavando desesperado como quien busca un tesoro, hasta que de pronto apareció la primera hormiga dorada y como un niño que trepa a un árbol comenzó a recorrer el cuerpo del Pascualito lentamente. Así fueron floreciendo miles de hormigas que brillaban con su luz incandescente e iluminaban aquella mágica escena. La noche sólo mostraba siluetas, sombras, tal vez sueños y deseos. Sólo comprendí lo que sucedía cuando el Pascualito dejó ver el triste pedazo de brazo que le había quedado después de que el tren se lo cortara aquella noche en la que tomamos más cervezas que otras veces, en la que no se veía nada, en la que nadie nos vio subir, ni bajar del tren. El grito desgarrador y los tirones desesperados que pegaba el pobre Pascualito resonaban en la inmensidad del monte, estremecían las mismísimas estrellas y hasta las voces profundas de las deshoras hicieron silencio cuando el niño penetró el muñón desprolijo y mal cocido en el centro del hormiguero. Después de unos minutos la calma volvió al lugar, las

hormigas desaparecieron como arena que se lleva el viento y no quedó ni rastro del hormiguero y su magia, sólo el cuerpo desvanecido del Pascualito cinchado al viejo algarrobo como muestra brutal de aquella noche. Me acerqué despacio para ver si estaba bien. Dormía plácidamente, como un niño, tal vez con un sueño de gloria volando de un lado a otro en su humilde corazón. Me fui despacio, masticando la poca esperanza que guardamos los que nunca la perdemos, rogando en silencio que el Pascualito volviera a pillar los cencerros dorados que vuelan en los potreros olvidados del tiempo, deseando con el corazón verlo llegar vestido con su ropa de arquero ingresando a un campo de juego.

Yo siempre dije que el Pascualito tenía algo especial, tenía "magia" como dicen algunos. Aquella tarde tres años después de su debut en primera, Pascualito llegaba a una final, tal vez la única, tal vez la última de su vida. Don Nelson lo dejaba ingresar al banco de suplentes como uno más del equipo. Él se sentaba en su lugar de siempre y miraba en silencio cada encuentro con el mismo brillo en los ojos de la primera vez, esperando su oportunidad, su momento, su sueño. Una vez más la historia se repetía: partido complicado, ganábamos uno a cero y sólo faltaban tres minutos. Nos tenían contra el arco, yo estaba prendido a la tela justo a la altura del área, como siempre. En la última jugada fue incontenible el desborde del puntero izquierdo, centro al corazón del área, el arquero que sale a buscar el balón en alto y le da de lleno con su rodilla en la cara al delantero; nada más que decir, penal y expulsión. Un silencio sepulcral invadió el estadio, nadie podía creer lo que estaba pasando, después de tantos años de espera el

sueño del campeonato y del Pascualito se desvanecían una vez más. Don Nelson desencajado miró al banco de suplentes, un pibe jovencito y asustado se levantó tímidamente acomodándose la ropa; el Pascualito miraba casi llorando a don Nelson, suplicándole con el recuerdo y el corazón, una última oportunidad. No hubo dudas en el entrenador, con firmeza lo miró al pibe y le dijo "vos no nene, el Pascualito".

Qué más puedo contar de aquella tarde, fue la última de todas las tardes, nunca más volvimos por el club, para qué, todos habíamos cerrado el círculo, habíamos resuelto los misterios, cumplido las promesas. Cuando ingresó el Pascualito el tiempo se detuvo, todo quedó en descanso, en armonía. Sólo él y yo podíamos ver y sentir aquella escena mágica. Una hormiga dorada trepó la tela de alambre en la que yo estaba colgado y comenzó a caminar lentamente frente a mis ojos, una lágrima recorrió mi mejilla. Yo estaba ahí justo a la altura del área donde él no me veía como la mañana en el corral. El nueve puso la pelota en el punto indicado, el juez rompió el misterio y el balón voló despiadado al palo derecho queriendo robarse el sueño eterno del Pascualito, él se quedó quieto y aunque nadie lo notara, yo lo vi cerrar sus ojos

LOS MICROS

NO PARAN

Era la única que nos quedaba, está bien debo reconocer que estaba gastada, pelada de tanto asfalto y rebotes contra el paredón de la zapatería. Don Sangarandi, que por ese entonces ya se había jubilado como maestro, nos la había reparado un par de veces; pero el pobre viejo ya casi no veía, así que más allá de su empeño las puntadas habían quedado muy desprolijas, dándole un aspecto fantasmal, casi violento, a la redonda. La tristeza no era en sí por la pelota, después de todo ya se acercaba el día del niño y seguramente al Enrique sus padres le iban a regalar una nueva. La tristeza, la angustia podría decir, era por el recuerdo que encerraba aquel pedazo de mundo y de infancia para cada uno de nosotros. Fue la primera pelota, la primera pelota de cuero que muchos de los que nos juntábamos en la esquina pateamos por primera y eterna vez. Nunca tuvo dueño puesto que la habíamos comprado entre todos. Algunas meriendas que nunca llegaron a destino, un par de monedas que flotaban inquietas sobre la guantera del Citroen, la venta de figuritas de Mazinger que sacrificó el Pibeta, el soborno del Monito a su hermana para no delatarla que andaba con el Raúl, y los limones que le robamos al Piojo D'Stefano y que después vendimos en el semáforo de la telefónica con el Tata Camiolo, alcanzó por lo justo para que don Yaco, el profe de gimnasia de la Escuela San Martín, sacara de la vidriera de su tienda de



deportes la flamante "Tango", que durante tanto tiempo nos sentáramos a contemplar cuando volvíamos del matiné.

- Buenas tardes. - Elsa sube con su cabello recogido, su blanquísima sonrisa y una pequeña de ojos turquesa y gesto adusto que atraviesan al chofer.

- ¿Cómo le va, doña Porota? - Lalo ayuda a la mujer con los bolsos y extiende su mano para sortear los escalones. El colectivo vacío da una sensación de frescura y silencio.

- Menos mal que vino, pensé que no había micro hoy.

- Sí, cómo no va haber, en este país ni el fútbol para a

los micros. ¿Y don Héctor?

- Se quedó con los niños viendo el partido. Menos mal, imagínese con los cinco a la casa de mi cuñada.

- La verdad, son muchos.

- Para colmo si lo llevo, el Fernando después no quiere volver. La otra vez se escapó un rato antes de venirnos y se lo tuve que dejar a la Carmela. Diga que era en vacaciones. No sé por qué no le gusta la finca. Dice que cuando sea grande, sino se puede ir a trabajar a otro lado, va hacer hormigonar todo el parral para no ensuciarse.

Lalo cierra la puerta. El enripiado hace el trayecto bullicioso, áspero. El diez de la TAC se estremece en el serrucha! de la pintoresca calle "Las Corias", haciendo imposible escuchar la vieja radio. Los peluches que custodian el torpedo del Mercedes despiden un polvillo suave, casi imperceptible que hace estornudar una y otra vez al chofer. Acomoda el cubre asiento tratando de aliviar la molestia en su cintura, un gesto de dolor se le escapa inconsciente. Mueve el dial con sutileza, como quien abre una caja fuerte, busca delicadamente la sintonía exacta. La interferencia incomoda a Lalo hasta que la voz del relator uruguayo fluye nítida y elocuente perfumando de fútbol todo el colectivo. El partido ya ha comenzado.

Esa semana me tocó tenerla a mí, el lunes al mediodía, como habíamos quedado con los muchachos, el Dado me la trajo engrasada, bien inflada y en el bolso plástico que nos regaló doña Margarita para la venta de limones. No había nada más placentero que sacarla del bolso ni bien cerraba la puerta de la pieza y respirarle ese olor a cuero que a pesar de sus tres años persistía intacto como el primer día. La

tomaba entre mis manos y la apretaba a palmas abiertas tanteando la presión; dos o tres cabecitas cortitas sin hacer ruido, un par de pallanitas y a rodar debajo de la cama ... la siesta del lunes se dormía sí o sí. Después de la merienda el picado con los chicos.

A diferencia de otras, aquella semana fue muy distinta. La esquina estaba más silenciosa, no transitaba tanta gente y los pocos autos que pasaban ni siquiera frenaban al llegar a Tomás Tomas. Los muchachos de la zapatería que siempre salían a fumar y de paso nos alentaban en los picados habían cambiado el horario, así es que a las cuatro de la tarde no quedaba nadie, ni siquiera "los vagos" (como decía mi abuelo) que se pasaban todo el día en los videos juegos del Turco. La esquina era nuestra por ley, por tradición (heredada de nuestros padres), por guapos también, ya que muchas veces quisieron venir a copar el baldío los del barrio las Ranas, pero nosotros a cascotazos, a las piñas y a veces hasta con el perro del Diego (que era malísimo) defendimos el reducto donde se jugaba a los autitos y se tomaba la Nora cuando terminaba el picado. Esa semana a diferencia de otras, la esquina era más nuestra que nunca, sólo había que tener cuidado con los micros. Todos sabíamos que no paraban al llegar a la esquma.

..."la pelota va para Maradona, Maradona la puede tocar para Henrique, siempre Maradona, hace un dribling, se va, se va entre tres..."

¿Le duele la espalda?

Sí, me parece que tengo una hernia. - trata de escuchar el partido, sin ser descortés.

"¡Siempre Diego, genial, genial!, Tocó para Valdano; entra Maradona, puede ser "Ikajsd" pareció mano".

Al Héctor también. Se golpeó hace como dos años con la desorilladora y hay veces que queda doblado y no se puede levantar de la cama. Le frotó con aceite Esmeralda hasta que se le calienta bien la espalda, se pone la faja y así se le pasa. Ahora está yendo a doña Consuelo para que lo cure porque dice que le han hecho un mal.

Gooooooooool, Goooooooool. - Se levanta del asiento dudando de lo poco que escucha.

¿Fue Gol? El Héctor debe estar a los gritos...

No sé, no sé, espere -hace seña con su mano, - parece que lo anuló. Lo hizo con la mano... - Se toma la cabeza, arrima el oído al parlante.

"Y es ¡GOL, GOL, GOL argentino! DIEGOL! Diego Armando Maradona entró a buscar después de una jugada maravillosa, un rechace para atrás, saltó con la mano para mí, para convertir el gol pasando la pelota por arriba de Peter Shilton, el línea no lo advirtió, el árbitro lo pifió, lo vio desesperadamente, mientras, los ingleses entregaban todo tipo de justificadas protestas, para mí... EL GOL FUE CON LA MANO, LO GRITO CON EL ALMA, pero tengo que decirles lo que pienso... "

¿Fue con la mano? Seguro que no se lo cobran, siempre nosotros dando la nota. El Héctor dice que...

¡Qué me importa! Fue goooooool -Levanta sus puños apretados y mira el techo buscando la figura del Sagrado Corazón de Jesús estampado en el firmamento del colectivo en señal de agradecimiento -A los ingleses asesinos esos hay que hacerles diez, después de lo que nos hicieron con las islas... -laseñora se queda sorprendida. La pequeña de

ojos turquesa larga un llanto contenido, estridente que desespera al eufórico chofer.

"Sólo espero que me digan desde Buenos Aires si están mirando el partido en TV ahora mismo por favor si fue válido el gol de Maradona"

¡Qué Buenos Aires, ni Buenos Aires, fue goooooool a llorarle a la Tacher!

Es verdad, eso es lo que le está haciendo mal al Héctor, los tachos. Pobre se la pasa toda la cosecha corriendo con el tacho al hombro...

"Aunque el árbitro lo dio y que Dios me perdone lo que voy a decir: contra Inglaterra, **HOY**, aun así, con un gol con la mano, qué quieren que les diga... "

El sábado llegó tranquilo, habíamos quedado de juntarnos con los chicos un rato antes ya que no se dormía siesta. Salí de la casa despacio, sin hacer ruido, rogando que mi papá no me mandara a ordenar la pieza antes de ir a jugar. Sin embargo cuando llegué al comedor para avisar que salía no me dio ni bola. Miraba un partido de fútbol, hablaba solo, gritaba, se agarraba la cabeza y lo que más me llamó la atención era la biblia envuelta en la bandera que apretaba contra su pecho cada tanto.

Llegué cerca de las cinco y me senté en el cordón de la bicicletería con el fútbol entre las piernas, las calles estaban desiertas, un silencio contenido y misterioso invadía la ciudad, como cuando alguien quiere gritar en los sueños y no puede. Los relojes en el local de don Kosú marcaron las cinco de la tarde, el viejo los tenía sincronizados para que sonaran todos juntos cada una hora, así que si te agarraban desprevenido te pegabas un

julepe bárbaro. A veces en las tardecitas cuando ya no podíamos jugar a la pelota en la calle, nos sentábamos en el cordón de la relojería y esperábamos a que pasara alguien justo cuando salían al ataque los Cucú y las campanas ajusticiando a los descuidados que transitaban sin tiempo por nuestra esquina.

El Diego llegó despacio con la pachorra característica de esos personajes indispensables que sólo surgen en los cuentos o los picados de fútbol; morochito cabello enrulado, zurda prodigiosa y una diablura en la sangre que pocas veces volví a ver en la vida y mucho menos en una cancha de fútbol. Vivía con su abuela en una casita que se caía a pedazos cerca de la telefónica, a veces no tenían ni para comer, así que salía a vender tortas para ayudar a la pobre vieja que se la pasaba lavando y planchando a domicilio todo el día. Las pocas veces que tuvo zapatillas nuevas las cuidaba como oro, así que jugaba descalzo un rato hasta que se le calentaban los pies y pedía el cambio o se metía al arco. Por ahí cuando jugamos contra los de la otra cuadra y nos la veíamos fea, el Tata le prestaba las zapatillas un rato y así salíamos del apuro.

Se sentó a mi lado como con desgano. Traía una remera azul con un diez blanco zurcido en la espalda y un pantalón corto remendado que le habían regalado en la parroquia del Líbano cuando iba a venderle tortas al padre Carlos.

- ¿Qué hacés? ¡Menos mal que dijimos temprano!
- Yo vine temprano-respondió, son las cinco recién.
- ¿No viene nadie más?
- Sí. El Negro, Jorgito, el hijo de don Neri, el Tata y creo que el Checho también.

Somos pocos, me parece que vamos a terminar jugando a las bolitas en el baldío.

- Pasala. -Me sacó el fútbol de entre las rodillas con una pisada casi imperceptible y se puso a hacer jueguitos.

Yo lo miraba con envidia, el mundo bailaba en malabares de la zurda a la derecha, de sus hombros a su cabeza, jamás lo dejaba caer y él sólo sentía que era un balón.

El colectivo subió a la ruta despacio, como suplicando un permiso ganado por los años de trajín en las soledades del Este mendocino. Ni bien pisó el asfalto el ruido del pedregal desapareció por completo, el viejo Mercedes recuperó el ronroneo sutil de su juventud y la radio volvió a escucharse con nitidez. Lalo emitió un suspiro de alivio como agradeciendo una vez más no quedarse tirado en ese rincón alejado del mundo y mucho menos aquel día. El sol le daba de lleno en la cara pero no importaba, la alegría de saber a duras penas que Argentina ganaba uno a cero y con un gol a lo argentino frente a Inglaterra le refrescaba el alma.

- ¡Vamo, Vamo Argentina! ¡Vamo, vamo a ganar, que esta... ! -Lalo susurra mientras detiene el colectivo debajo de un frondoso eucaliptus de la Ruta cincuenta.

- ¡Buenas tardes! ¿Pasa por la terminal?

Elsa corre la cortina marrón de la ventanilla y se contenta al ver a su tía Chicha que se apresta a subir con una montaña de bártulos multicolores.

- Sí, como siempre doña Chicha. ¿Le ayudo con los bolsos?

- Sí m'hijito, ya estoy vieja para tanto trajín.

Lalo se sonrío y piensa "más que vieja está gorda doña

Chicha". Sube los bolsos con esfuerzo y se arrop pesadamente sobre el asiento. La cintura vuelve a molestarle.

- ¡Hola tía! ¿Cómo le va?

- Acá andamos m'hija, vio cómo es la vida cuando una se pone vieja, molestando de casa en casa para pasar el tiempo y...

Lalo sube el volumen disimuladamente tratando de escuchar. Las mujeres hablan cada vez más fuerte hasta que la voz del relator y su comentarista no dan lugar al parloteo.

- Y ahora qué le pasa a este hombre.

- Y, el señor quiere escuchar el partido y se olvida que lleva gente, recién me hizo callar porque justo hizo un gol Argentina...

- Tan buenito que se veía, y yo que pensaba engancharlo con la Victoria ...

Para ese entonces Lalo había perdido la noción del tiempo y sobre todo del recorrido. El relato atrapante lo había trasladado al mismísimo estadio Azteca, al griterío, a la euforia y sobre todo a la inquietante incertidumbre del marcador que no terminaba de cerrarse. La gigantesca y refrescante arboleda de la Ruta cincuenta concluye abruptamente dando lugar a la terminal y al sol radiante que ilumina la entrada triunfal del diez a la ciudad de San Martín.

Nunca otra tarde como aquella. La calle desierta, la ciudad en silencio y nosotros cinco mirándonos la cara por no poder armar un picado. El Diego seguía haciendo jueguitos abstraído en la indiferente destreza de no dejar

caer el balón. El Enrique, como siempre, con más ganas de jugar a las bolitas que de gastar las zapatillas. El Checho sentado en el carcomido cordón miraba con paciencia la escena, siempre cauto, preciso, de palabras justas. Disfrutaba de las piruetas del Diego sin atreverse a participar del espectáculo.

- ¡Che ahí viene el Gary con los de la otra cuadra!

- ¿Y qué? No creo que se anime a meterse al baldío después de los cascotazos de la última vez.

- Yo creo que sí -dijo el hijo de don Nery acomodándose los guantes de arquero -Vienen con el Pedrito.

- ¿Y qué?, si se mete el Pedrito vamos a buscar al hermano del Checho.

- Mi hermano no está, se quedó viendo un partido con ml VleJO.

El grupo se dirigió directamente al baldío. Algunos traían ondas colgadas al cuello, otros habían cortados ramas de álamo que al deshojarlas parecían látigos; las sacudían de un lado a otro metiéndonos miedo con el silbido áspero que emitían al cortar el viento. El Gary encabezaba el pelotón y a su lado el Pedrito.

- ¿He a dónde van? -pregunté a la distancia.

- ¿Y a dónde van a ir? Al baldío -contestó el Tata. Vamos, de arriba no se la van a llevar. Diego, traé el fútbol que la última vez lo dejamos tirado en el baldío y no se lo robaron de casualidad.

Y así partimos a enfrentar a los invasores. Desnudos de inocencia, en desventaja numérica, aterrados por los galardones bélicos que el Gary y su pandilla tenían en su

historial, pero convencidos de defender hasta las últimas consecuencias nuestro pequeño archipiélago. El Diego venía al último haciendo jueguitos sin importarse por nada, después de todo éramos niños, a esa edad las guerras no debieran existir, pensé.

- Menos mal que llegamos bien. A este muchacho le va a dar un ataque.

- Sí, usted llegó bien, a mi me queda hasta La Colonia, si es que llegamos.

El micro se detiene en el andén de la terminal, la sintonía es perfecta y el volumen de la radio cobra toda su intensidad aturdiendo a las pasajeras ofuscadas que a los gritos tratan de despedirse. Lalo sigue el relato, abstraído del mundo que lo rodea. Doña Chicha le grita hasta con las manos para que la ayude a bajar, pero el chofer desencajado improvisa el salto acompasado de los hinchas en las tribunas sin percatarse de la pobre mujer que desciende como puede.

- ¡Vamo, vamo Argentina!, ¡Vamo, vamo a ganar!

- Chofer, chofer ... sin vergüenza, atorrante ...

- ¡Que esta barra bullanguera, no te deja, no te deja de alentar!

La pobre vieja a esa altura estaba más agitada y cansada de hacerle ademanes e insultar al chofer que de bajar los bultos. Lalo saca de la guantera un pañuelo celeste que anuda en sus cuatro puntas y se lo coloca a modo de gorro convirtiéndolo definitivamente en un barrabrava desenfrenado, inconsciente. Cierra la puerta olvidándose de la pobre mujer que lo sigue insultando con todas sus fuerzas y sale de la terminal a toda velocidad cantando y agitando una bandera por la pequeña ventanilla. De vez en

cuando se incorpora involuntario, se da vuelta y le grita a la ilusoria hinchada que va en el colectivo "Vamooooo, griten todos. ¡Vamooo, vamoooo...! Elsa sentada en el primer asiento aprieta a su hija y se pone a rezar.

De un momento para otro estábamos frente a frente, dispuestos a todo o a nada según fuera necesario. No había caso, la diplomacia no funcionaba, ellos decían que antes que llegáramos nosotros se juntaban ahí, nosotros que no, que de chicos nuestros padres y hermanos ocupaban el baldío para jugar a la etiqueta, a las bolitas ... El Pedrito se arremangaba los puños de vez en cuando metiéndonos miedo, el Tata ya había juntado algunos cascotes, Gary levantaba la voz y hacía ademanes, el Checho miraba en silencio como si fuera un anciano añoso esperando el instante preciso para opinar y el Diego, el Diego seguía haciendo girar el mundo con sus pies.

De pronto los relojes de don Kosú sonaron en la esquina, algo raro sucedía porque aún no eran las seis, las palomas que habitualmente a esa hora sobrevolaban todo el cielo sanmartiniano como bombarderos japoneses en busca de sus inalcanzables hogares, no dieron señales de ataque esa tarde. Al Diego inexplicablemente se le cayó la pelota de sus pies. Todos nos miramos sorprendidos, el silencio se hizo más intenso y de pronto la voz del Checho, como Platón en plena oratoria dijo:

- Juguemos un partido, el que gana se queda con el baldío.

Nada más dijo y se volvió a sentar esperando una respuesta. Todos quedamos en silencio mirándonos unos a otros, buscando en las miradas una seña, una mueca, una

palabra que asintiera o negara el acuerdo.

- Juguemos -sentenció en Gary - El que pierde se va para siempre.

De un momento a otro habíamos armado los arcos con las camperas y ellos con unas botellas que encontraron en la cuneta. Los laterales eran los cordones y sabido era que la pelota no salía hasta caer a la pequeña acequia, y que incluso valía hacerla rebotar en ellos. Sacamos "piedra, papel, tijera" y nos tocó atacar hacia la esquina de Tomás Tomas, con el sol de frente que a esa hora daba casi de lleno en el único claro que regalaba la tupida arboleda de Remedios de Escalada. El fútbol lo poníamos nosotros, no sólo porque no había otra, sino además porque ellos no estaban acostumbrados a la pelota de cuero, y por sobre todas las cosas siempre pensamos que era amiga del Diego y que de alguna manera estaba unida a él, hacía lo que él quería. Incluso muchas veces creímos ver cómo se movía o revotaba sola cada vez que él aparecía. El Tata juraba que cuando le tocaba tenerla al Diego dormía con ella abrazada como si fuera la madre que nunca tuvo.

Lalo deja el andén número cuatro convencido absolutamente de estar prendido a un infinito para avalanchas del estadio mejicano, su aspecto desquiciado ya no asusta a su pasajera que entre Padrenuestros y Ave María ha cerrado sus ojos encomendándose a Dios y a la escuadra argentina para que el partido termine lo antes posible y con un triunfo, por supuesto. Para el chofer ya no existen semáforos, cruces y mucho menos autos, que gracias a Dios en ese preciso momento se encuentran contenidos en sus hogares preparados para la fiesta y

caravana blanquiceleste o simplemente para seguir esperando a que otra posible dictadura nos regale otra manchada copa mundial.

Era un hecho, íbamos a terminar empatados como la última vez, no había forma de penetrar su defensa, eran uno más y el Diego no quería jugar con sus zapatillas nuevas. Nadie se animaba a obligarlo eran las únicas que tenía. El único que intentaba llegar al arco nuestro era el Gary, que no sólo jugaba bien, sino que tenía la sangre en su rostro como un soldado defendiendo su bandera. En la última jugada el Pedrito queriéndole pegar al Checho, que pisaba la pelota para un lado y para otro, le había dado de lleno al cordón y se había torcido el pie, así que lo mandaron al arco y esa era nuestra gran oportunidad quizá la única que tuviéramos aquella tarde.

Por qué no decir la verdad, cuántos pueden llegar a conocer esta historia después de todo. Nunca fui muy bueno jugando, es más siempre fui tan apasionado por el fútbol como de burro para hacer pallanitas o hacer pases a larga distancia y a corta también.

El Diez con sus puertas cerradas gimiendo de euforia, el relato desordenado y hermanado con los rezos de doña Elsa y los gritos de Lalo. La gloria misma que envuelve a la simpleza de lo terrenal y lo mágico empujaban a toda velocidad al mundo que viajaba en aquel colectivo de ensueño por Tomás Tomas, como Maradona lo hacía en ese preciso instante surcando con descaro el campo inglés.

En un ataque nuestro, cuando nadie me veía me quedé en la defensa y me tiré al suelo como si me hubiera torcido el tobillo. Ni bien sacaron ellos del arco empecé a los gritos levantando las manos y tomándome la pierna simulando el dolor sensato de saber que si el Diego no entraba, no ganábamos ni locos.

- EntráDiego, entráque ya termina.

- No, no, con estas zapatillas no.

- Tomá, fijate si te andan y cuidalas -me las saqué lo más rápido posible y mientras él se las ponía vi en sus ojos el brillo intenso de la gloria, esa que acompaña a los botijas de los barrios.

- ¿De qué juego?

- Jugá de lo que quieras pero clavalos hermano, mirá que el que hace el gol gana.

El Enrique se la dio sueltita ni bien entró, como sacándose un peso de encima, el Diego la recibió suave, liviana. La apretó con sutileza debajo de su suela y fue verla temblar a la redonda y unírsele al empeine izquierdo que la empezaba a acariciar.

"Enrique la va a tocar para Diego, ahí la tiene Maradona, lo marcan dos, pisa la pelota Maradona, arranca por la derecha el genio del fútbol mundial, y deja al tercero y va a tocar para Burruchaga..."

A los tres primeros se los sacó de encima como si nada. Una pisada pícara, un giro y la puntada larga para dejarlos atrás. La pelota lo esperaba, se quedaba a su lado como un ángel, como un juguete.

"Siempre Maradona. ¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! ¡Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta..."

Nada pudo detenerlo, ni siquiera el Gary que en ese instante sentía el frío inevitable de la derrota. Fue la carrera más grandiosa, las gambetas más insolentes que jamás se hayan visto en nuestra cuadra. Me paré lentamente con mis pies descalzos sintiendo el frío temprano de aquella tarde de junio, queriendo acompañar aquella escena, agitando mis manos, corriendo a su lado para avisarle que el micro no paraba.

"Goooooooool... Goooooooool... ¡Quiero llorar! ¡Dios santo! ¡Viva el fútbol! ¡Golazo! ¡Diego! ¡Maradona! Es para llorar, perdónenme..."

Casi encima del arco después de haberlos dejado a todos tirados a sus pies y con el Pedrito lanzado a toda velocidad achicándole el ángulo, la genialidad le dio ese instante mágico, privilegiado que sólo tienen los elegidos. Amagó a definir por encima del arquero y con total naturalidad enganchó hacia adentro y lo dejó desparramado.

Cuando Lalo vio al niño que atravesaba la calle con ese desprolijo balón en sus pies, fue demasiado tarde. De repente la imaginaria hinchada que viajaba a sus espaldas desapareció, el para avalanchas del que tanto tiempo estuvo amarrado se transformó en el volante, el dolor en su espalda volvió casi imperceptible, simplemente el carruaje se transformó en calabaza y el freno inútil en sus pies no

pudo evitar lo inevitable.

"Maradona, en una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos... barrilete cósmico... ¿De qué planeta viniste para dejar en el camino tanto inglés? Para que el país sea un puño apretado, gritando por Argentina...

Los que no vieron el colectivo corrieron a abrazarse todavía sorprendidos de haber presenciado el mejor gol de nuestro equipo, quizá el más grandioso hasta el día de hoy en nuestra cuadra. Yo seguí la jugada hasta el final sintiendo cómo explotaba el balón debajo de las ruedas despiadadas del Diez de la TAC, al que no pude ver por cerrar los ojos fue al Diego que desapareció como un fantasma en el revoltijo multicolor de aquel picado.

Cuando el chofer logró detener o más bien se detuvo el colectivo contra la puerta de los videos juegos del Turco, la cabeza le daba vueltas. El silencio tierno de la gloria disipaba la tragedia que había provocado su imprudencia, quizá su corazón de hinchas, de argentino. La voz elocuente, emocionante del relator uruguayo aún lagrimeaba los últimos esbozos de un cuento fantástico que perduraría por siempre en la memoria del fútbol mundial. Elsa abrió sus ojos y aún apretada en su pecho la pequeña emitió su primera palabra "gol".

"Argentina dos, Inglaterra cero... Diegol, Diegol, Diego Armando Maradona... Gracias Dios por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este Argentina dos, Inglaterra cero..."

No quiso contar lo ocurrido, sólo alzó el balón aplastado que había quedado a la orilla de la calle y lo recogió como quien toma en sus brazos a un niño. Caminó lentamente por la vereda que conducía a su casa hasta perderse en el ranchito pardo al lado de la telefónica y no volvió a salir.

Esa tarde Argentina le ganó dos a uno a Inglaterra en el estadio Azteca de Méjico con dos golazos de Maradona, todos salimos a festejar, no entendíamos mucho de guerras y de fútbol, después de todo éramos niños pero el celeste y blanco invadió en pocos minutos las calles de San Martín dibujando una vez más la sonrisa con sabor a revancha que la historia y la vida le brindan de vez en cuando a los pobres.

Al otro día fui hasta su casa para devolverle las zapatillas y regalarle las mías convencido de que ellas habían obrado el milagro, para que nunca más dejara de hacer esos goles. Simplemente para que pudiera jugar cuanto quisiera. Estaba acostado, su abuela me hizo pasar y me sirvió una taza de café con leche mientras lo esperaba. Me puse a mirar las paredes y no encontré nada que pudiera mostrarme su pasado. Ni una foto, ni un recuerdo, ni siquiera un cuadro familiar. Apareció con la misma ropa del día anterior y con una tristeza en su cara que jamás había visto.

- Qué hacés. Te traje las zapatillas.
- Viste cómo quedó la pelota. No sirve más.
- Sí, pero el que casi no sirve más sos vos. ¿Cómo cruzaste?
- ¿Cómo crucé?, ¿Qué, vas a decir que no lo viste?

¿A quién? No jodás querés.

- ¿De verdad no viste al pibe que me salvó? Yo pensé que era amigo tuyo.

- ¿Quién?

- El morochito, pelito enrulado que me empujó cuando casi me atropella el micro. Cuando todos se fueron a ver el tortazo se me arrimó y me preguntó si estaba bien, yo le dije que sí, que gracias. Lo que me pareció raro fue que cuando me levanté él tenía la zapatilla izquierda en su mano, estaba rota, así que me dijo "No te hagás problema fiero, yo te la arreglo. Ah, la próxima vez tené cuidado que los micros en esta esquina no paran" "¡Qué golazo hiciste!"

LOS MICROS NO PARAN

AL FLACO SE LO LLEVÓ EL FUTBOL

- **T**e digo que sí, esto ya pasó. Estuve investigando, busqué en diarios viejos, en las revistas "El Gráfico" que guarda mi papá en el ropero y hasta le pedí a la Marcela que se fijara en la Internet porque la verdad que yo no sé ni cómo se prenden esas máquinas nuevas.

- **No** seas "guevo", ese tipo tenía depresión, seguro que se tomó el palo por unos días y cuando se le pase, vuelve.

- Esto es muy raro, por más depresión que tengas nadie se va de su casa y desaparece de la noche a la mañana como si nada, sin dejar siquiera una pista, una nota. Ahora la "yuta" tiene hasta helicópteros y un montón de boludeces más; si quieren te encuentran al toque. Yo te digo que acá hay algo más.

- No me vas a salir otra vez con lo de los marcianos ... porque la otra vez te seguí la corriente y no tuve la peor idea que contarle en el Pancho cuando nos juntamos a jugar al truco. Quedé como un boludo, se rieron tanto que casi me agarro a trompadas con el cafetero.

- ¿Concuál?

- Con el petizo, el del arito, el Fashion. Ese boludo lleva un mes vendiendo en el lubri desde que se fue el Pato y ya se cree que tiene derecho a hacerse el canchero. Yo no le compro ni una torta aunque me muera de hambre.

- Tortas no, pero los sanguches de jamón con pan



casero y manteca son buenísimos.

- Así estás, pareces un arquero de metegol.
- Pero vos también, qué querés. Te he dicho mil veces que hay cosas que no son para la gilada. No te das cuenta de que algunos agarran el diario para ver las figuritas nada más.
- Bueno, largá; contame vos qué creés que pasó.
- Te la digo así, de una. Al Flaco se lo llevó el fútbol.
- Ah buenooo, era lo último que me faltaba escuchar.

Primero los hombrecillos verdes del puente de la panamericana y ahora esto. No te digo yo, vos me viste la cara.

- Pará, yo sé que es difícil de creer. Yo tampoco lo creía hasta que vi estas fotos. Mirá.

- ¿Y qué tienen estas fotos? Es un linyera, pobre tipo. No me digas que es el Flaco.

- No boludo, mirá bien, ¿Ves que sos como los demás?

- Sigo viendo un linyera, sucio barbudo y lleno de... esperá, esperá. No te puedo creer. El sol parece ...

- Una pelota de fútbol. ¿O ves algo diferente?

- No puede ser hasta los cascos se le notan.

- ¿Ah viste?, y ahora qué me decís. Yo también me quedé con la boca abierta cuando las vi. Pero tengo otras. Mirá, en todas aparece lo mismo, de una forma u otra está en todas las fotos; y lo más extraño de todo es que son de diferentes fechas y lugares.

- No lo puedo creer, esas fotos están trucadas, es imposible. Y quién es ese tipo.

- Ahí viene lo increíble de esto. Ese tipo es el Trinche Carlovich, nacido en Rosario, en el año cincuenta y tres.

- Y eso qué. Es un tipo común y corriente que se dedicó a vagar por el mundo. ¿Y cómo sabes su nombre?, ¿De dónde sacaste sus datos?.

- Investigué, leí, hablé con algunos jugadores de esa época. Pero lo que más me llamó la atención fue una historia que me contó el Paragua Araujo.

- ¿Quién?

- El viejito que pasa todas las mañanas y se sienta ahí justamente donde estás vos.

- ¿Y ése quién es?

- Ese tipo aunque no creas, jugó en San Lorenzo, dicen que rompía las redes de los arcos de lo fuerte que le pegaba a la pelota.

- Vos sí que estás al pedo. Cómo se nota que no laburás ¿No?

- Este tipo lo vio jugar para los Charrúas de Central Córdoba. El Trinche fue un grande de verdad. Cómo será, que cuando Diego llegó a Rosario para jugar en News, un periodista le dijo: -Por fin llegó el más grande a Rosario. El Pelusa le contestó muy serio: -El más grande vive acá fiero, se llama Carlovich.

Este tipo era un monstruo con la redonda, hacía una jugada nunca vista hasta ese momento: "la doble caño". Les tiraba el primero con sutileza como haciendo una caricia y cuando los adversarios querían cobrar venganza por la vergüenza causada, se frenaba y mirando para otro lado, se la tiraba de nuevo entre las piernas. La gente que lo vio jugar dice que el tipo casi no corría, que la pelota siempre lo perseguía y que muchas veces cuando tiraba un pase a algún compañero medio maleta, la bola se volvía a mitad de camino buscando sus caricias. Un día jugando para un seleccionado de Rosario contra la selección Nacional de Cap que se estaba preparando para el mundial de Alemania, el tipo la descoció, hizo dos golazos. Fue tal el baile que les pegó que el técnico lo llamó a la línea de cal y le dijo que se dejara de burlar porque lo iban a matar a patadas. La gente aplaudía a rabiar y él, con una sonrisa cómplice, le dijo que todavía no empezaba a burlarse.

-¿Y qué hace así vestido de linyera? ¿Qué le pasó? Si fue tan monstruo, tan grande, tan capo... ¿Qué le pasó?.

- Aunque te parezca disparatado, (qué palabra

utilicé), a este tipo también se lo llevó el fútbol. No aguantó tener a un técnico de mierda y a una sarta de burros como compañeros que lo único que hacían era patear la bola para arriba, así que decidió dejar el fútbol y como no sabía hacer otra cosa se entregó a la buena de Dios. Un par de meses después lo encontró un amigo llegando a Rosario, perdido y con los pies destrozados. Lo llevó a su casa y al poco tiempo lo llamaron de Central Córdoba para formar parte del equipo que ese año ascendió al Torneo Nacional.

- Qué loco viejo, cuánto llevás investigando todo esto. ¿Qué les pasará por la cabeza?

- Mirá hay jugadores que ven el fútbol de otra manera, lo sienten diferente. Para algunos no es un trabajo, sino su vida. Les importa un "huevo" jugar en el Monumental o en el potrero, con botines o alpargatas. De niños duermen con la pelota para soñar con ella y las jugadas que van a tirar al otro día. Comen con la bola pisada. Cuando van a la escuela son los que la guardan para jugar en el recreo. Le tienen amor como a la vieja, jugando se sienten libres y por eso cuando los presionan o los equipos en los que están no los llenan se van en busca de su gran amor... el fútbol.

- Increíble lo que me decís. Y yo que creía que eras un insensible.

- Otro caso muy conocido sucedió en la Horqueta. Ahí vivía el Zucundú Oviedo, un tipo que la descocía, que detenía el mundo cuando pisaba la pelota. La matrona que lo trajo al mundo jura que nació gritando "Gool". Como habrá sido de groso que hasta comentan que vino el mismísimo Pelé a verlo jugar el día que el Santos asistió a la

Rey se lo quiso llevar para que jugaran juntos, y él le dijo que no podía dejar a los muchachos del barrio porque el domingo siguiente jugaban la final de la Liga Juvenil del Este contra los Tucumanos. El "grone" no lo podía creer, pero dicen que antes de irse le dio un abrazo y con los ojos llenos de lágrimas le dijo medio entreverado que él también extrañaba jugar al fútbol con sus amigos de la favela. Al poco tiempo se rompió una rodilla cosechando y no pudo jugar más y al igual que el Flaco desapareció de la villa. Como al mes sus sobrinos lo encontraron llegando a Córdoba hecho un mendigo, con una pelota vieja como la de la foto que te mostré, la mirada perdida y muy apenado. Lo llevaron al Sauce y ahí en el loquero un médico lo estudió y les dijo a sus familiares que lo único que tenía era una tristeza enorme por no poder jugar a la pelota. Que eso le provocaba un deseo incontrolable por volver a una cancha y que de ahora en más sino lo contenían y cuidaban, seguramente se fugaría de nuevo en busca de su gran amor.

- Loco, te juro que me dejás helado. ¿Este tipo vive? ¿Hablaste con él?

- No. Ellos no entienden lo que les pasa, es como una enfermedad incurable. Tristeza hermano...

- No puedo creer. Lo peor de todo es que te creo y cuando lo cuente se me van a matar de risa de nuevo.

- Creeme porque ahora viene lo más sorprendente de esto. Mirá qué coincidencia: los tres están relacionados con Independiente Rivadavia, mal que nos pese. El Zucundú era hinchas de la Lepra, el Flaco y el Trinche jugaron en ese club. A los tres juran haberlos visto caminando perdidos y vestidos como mendigos; pero lo más groso es que la pelota que aparece en las fotos del Trinche y ésta del Flaco antes

de ser jugador profesional, es la misma pelota que le encontraron al Zucundú en Córdoba y que desapareció cuando lo llevaron al manicomio.

- Entonces vos decís que el Flaco está perdido, pero no perdido.

- Sí, totalmente perdido en busca de fútbol, hermano. Mirá, las últimas noticias dicen que lo vieron en Lavalle durmiendo en el banco de la plaza y qué casualidad, el Cicles Club está puntero de la Liga. Al poco tiempo algunos lo vieron camino a San Juan, justo cuando San Martín está a punto de ascender ... ¿No te parece mucha coincidencia? El griterío, la euforia de la gente los fines de semana los arrastra como el viento a un barrilete.

- Pobre Flaco, yo soy amigo de sus hijos, pero imaginate que les vaya con esto. Deben estar cansados de escuchar boludos que hablen de su padre. Debe ser duro para alguien tener que dejar lo que tan feliz lo hizo en su vida; pero más duro debe ser para ellos no saber dónde carajo está el viejo.

- Yo creo que el Flaco va a aparecer, y por más que lo busque Interpol, la CIA o Sherlon Holmes el fútbol no lo va a largar hasta que pase algo groso en Mendoza.

- ¿Cómo qué? ¿Un terremoto?

- No boludo, algo groso en el fútbol. No sé: un pibe nuevo, un ascenso, un mundial, algo.

- Bueno aunque falte mucho para que termine el torneo, el Tomba viene bastante bien, quién te dice... vamos a tener que estar atentos.

- Ojalá que sea así; pero no sé por qué. Se me hace que el deseo del Flaco es volver a ver al Chaca en primera como cuando jugaba él, y poder entrar a la cancha con su familia y

sus viejos compañeros, pisar el pasto fresco y respirar el cuero de la pelota vieja que lo persigue como un perro sin dueño, mientras la gente en las tribunas grita el eterno "Flacooo, Flacooo" y le da la despedida que jamás tuvo y que jamás va a tener porque para San Martín el Flaco en ningún tiempo va a dejar de correr detrás de la redonda con la roja y blanca prendida en su piel



SIN ESTRENAR

(uando lo vimos llegar no lo podíamos creer; juro que algunos hasta se asustaron y prometieron no venir más a la escuela si les tocaba ese maestro en el grado. Inmenso, de voz ronca y ademanes muy expresivos. Su risa socarrona y burlesca, nos había enfurecido el día de la final el año anterior y muchos lloraron cuando el partido terminó y ellos dieron la vuelta olímpica en la entalcada cancha de San José a orillas del ferrocarril. Incluso algunos padres quisieron lincharlo por los desmedidos festejos, en cuero, con uno de los celadores en hombros, corría a rienda suelta como un choique en plena espantada gritando y revoleando la camiseta de uno de los jugadores.

Lo cierto es que esta vez estaba de nuestro lado. Ese gigante despatarrado y engreído de ahora en más jugaba para nosotros, el mismo que había llevado dos años consecutivos a Asunción a ganar el Torneo Intercolegial del Desierto (era el único del que se podía participar). El mismo que jugando para los veteranos, le había hecho un gol de chilena al legendario Pichón Villegas, arquero del glorioso "Defensores de Lagunas" desde afuera del área y se había levantado del suelo sin siquiera festejarlo, dando muestras sobradas de su talento y personalidad.

Lo peor de todo fue al tercer día de clases, cuando nos enteramos de que en realidad no sería maestro de grado, sino "animador"; una especie de preceptor que se encargaba



de los chicos en los momentos que los otros maestros descansaban. Habían algunos animadores que cantaban, otros que nos hacían leer, otros que nos dejaban pastando como chivos sueltos, mientras ellos tomaban mate y otros como el maestro Rober, que amaba el deporte, al punto de convertir a la escuela en un "club social y deportivo".

Éramos cuarenta y ocho varones desde jardín a séptimo. A la mayoría nos gustaba el fútbol por tradición y por la fuerza, ya que jamás tuvimos la posibilidad de practicar otro deporte que no fuera correr detrás de una pelota, entre guadales y espinas; y al que no le gustaba, ese año descubrió su vocación de arquero, defensor, delantero, ayudante de campo, o aguatero, como Román, el hijo de la

directora.

La primera semana fue de reconocimiento, nos permitía ciertas travesuras para acercarse y ganarse nuestra confianza, mientras que nosotros como zorros precavidos, medfamos su paciencia tratando de sacar la carnada de la trampa.

En las horas en que no trabajaba, salía a correr por la medianada o se ponía a hacer pesas en la soledad del albergue. De vez en cuando hacía jueguitos con la pelota en el patio. Yo lo observaba desde la ventana del aula y soñaba con dominar el balón como él, hasta que la señorita con suma puntería me daba por la cabeza con una tiza y lo corría. La payaneaba con las dos piernas y la llevaba de un lado para otro como los verdaderos jugadores profesionales. De niño había jugado en las inferiores del Club San Martín, pero no había prosperado a causa de la muerte de su padre y la pobreza de su familia, situación que lo llevó a decidirse por el estudio. Poseía un estado atlético admirable; la mayoría de la gente que visitaba la escuela lo confundía con el profesor de educación física, ya que siempre vestía con ropa deportiva, además de ser muy sociable y cordial.

Las primeras tardes, aprovechando que éramos pocos, armaba picaditos en el arenero de atrás de la escuela en los que él y otros maestros también participaban. Nos miraba con atención, como los verdaderos técnicos; se ponía al costado de la cancha a seguir el partido haciéndonos jugar en diferentes posiciones. Todos tratábamos de destacarnos a la hora de tomar la pelota y sobre todo de tenerla la mayor cantidad de tiempo posible o rematar al arco de distancias exageradas en las que jamás podríamos haber hecho un gol.

Yo jugaba de dos, no sólo por mi aspecto de tortuga herida dentro de la cancha, sino además por ser para mis compañeros un mancarrón capaz de arrastrar todo a su paso a la hora de meter la pata. Me respetaban porque era uno de los más altos y con más experiencia en torneos, ya que mis tíos siempre me llevaban a los partidos de la sangrienta liga sanjuanina, en los que de vez en cuando participaba de algún que otro encuentro preliminar. Siempre soñé con ser delantero, como todo niño y como todo padre cuando su hijo roza por primera vez una pelota. Me pasaba las noches enteras antes de cada partido pensando en hacer un gol y salir corriendo con los brazos abiertos y la garganta llena de voz, a abrazarme con mis compañeros, pero en realidad jamás pude abandonar el patio trasero de la cancha.

La cosa se puso linda cuando llegaron todos los chicos, éramos tantos que podíamos hacer tres partidos a la vez. Después de las cosechas arribaron "los Chinchilla, el Zorrito Melonero; Nego; Dante; Roberto, y nuestra estrella del gol; Jony Videla". Ya estábamos todos. El patio de la escuela nos quedaba chico y el arenero se había convertido en una especie de Coliseo Romano, en el que los partidos durante los recreos eran luchas desenfundadas a todo o nada entre un grado y otro.

A diferencia de años anteriores, el maestro Rober puso ciertas pautas y medidas a las que no estábamos acostumbrados y que con el tiempo nos fueron marcando un camino de disciplina y responsabilidad; muchas de las cuales aún mantengo. Fue así que con tal de jugar al fútbol, comenzamos a dormir y dejar dormir la siesta, a terminar las tareas, a no pelear ni faltarnos el respeto entre nosotros,

a cuidar de los más chicos, a no dejar las camas y el albergue desordenado, a morir con cada palabra que se dijera dentro de aquella gigantesca y comunitaria habitación antes de delatar algún rumor, broma, o comentario sobre alguna niña o en su defecto maestra; y un sin fin de pequeñas cosas que de a poco se nos hicieron un hábito.

La cancha estaba casi a un kilómetro de distancia de la escuela, un pedazo de laguna que había sido cercada por unas monstruosas defensas de tierra antes que llegara el agua despiadada del verano. La humedad del suelo la mantenía con un verde intenso y apretado disimulando en toda su extensión los pozos causados por los animales que solían pastar en ella. Los postes verticales de los arcos estaban podridos de tanta agua y los horizontales, hechos con troncos de álamos atados con lonjas de hojalata oxidadas. Los sosteníamos con pedazos de escombros ya que más de una vez se cayeron sin previo aviso y dieron por terminado el encuentro por falta de garantías a los arqueros. No existían líneas, ni mucho menos banderines que determinaran los límites del rectángulo, situación que motivó variadas discusiones y al igual que con los postes, variadas suspensiones.

La primera vez que nos llevó a entrenar sólo llevaba dos pelotas: una nueva y otra vieja media desinflada que daba más aspecto de vejiga de animal, que de fútbol. Debajo del brazo un paquete envuelto en un papel marrón como el de las bolsas de harina, que nos carcomía nuestra inagotable curiosidad. Salimos de la escuela a la carrera, levantando una polvareda descomunal que envolvió a medio pueblo en una cortina gris londrecina parecida a las densas neblinas de mayo, gritando como locos de alegría

por escapar de aquella prisión en la que nos internábamos durante nueve días.

Cuando llegamos al potrero, se fue hasta el centro de la cancha y con un solo grito nos arreó a todos a su lado. Separó a los más chiquitos dejándolos en libertad siempre y cuando no tuviera que llamarles la atención. A los demás nos hizo sentar en círculo, puso la flamante pelota debajo de su pie y lentamente ante la mirada atónita y el silencio sepulcral de nuestras almas, comenzó a abrir el paquete. A cada pedazo de papel que se desprendía de aquel envoltorio se le sumaban los latidos de nuestros corazones. Cuando ya estuvo completamente descubierto, extrajo de él una camiseta de fútbol. Nuestro asombro fue tal, que muchos nos quedamos con la boca abierta emitiendo un sonido gutural parecido al de las garzas moras de las lagunas. La desenvolvió despacio, como disfrutando de nuestra impaciencia, la estiró y nos la mostró con una malicia despiadada, parecida a esa de los niños ricos cuando tienen un juguete nuevo que jamás prestarán.

Las camisetas eran preciosas. Digo eso no sólo porque fueran nuevas, sino además porque tenían los colores de River. El pecho y la espalda eran blancos con dos líneas diagonales rojas y una muy fina de color negro en la misma dirección, las mangas tenían a la altura de los hombros tres brazaletes rojos al igual que el cuello; los números pintados en negro y las terminaciones de los puños combinaban con el escote.

La pregunta fue contundente.

-¿Les gusta?; ¿Las quieren usar?

Por supuesto, la respuesta no se hizo esperar y todos contestamos con un estruendoso "sí". Creo que eso fue

nuestra condena, después de ese "sí" nada fue igual. Fue una respuesta comprometida, liberadora, que jamás pensamos que nos fuera a costar lágrimas, sudor, sangre y una de las mayores satisfacciones de ese año.

Con una vos enérgica y provocadora nos dijo:

- Para usar estas camisetas primero hay que ganárselas. Deben conocer y sentir la responsabilidad y el esfuerzo que se necesita para defenderlas. No hablo de buenos jugadores solamente. Hablo de buenas personas, de buenos compañeros, de mejores estudiantes, de entrañables amigos ...Hablo de un equipo de verdad. Los he observado mucho tiempo y lo único que he visto es que cada uno hace lo que quiere dentro y fuera de la cancha sino hay alguien que los esté gritando o llamando la atención todo el tiempo. Para usar estas camisetas deben formar un equipo, porque sino se ven desprolijas, no lucen, no brillan. Deben ser como una familia, apoyarse todo el tiempo, en las buenas y en las malas; saber que mi compañero me necesita como yo a él y que si falla uno, fallamos todos. Los que estén dispuestos a aceptar este desafío pueden quedarse sentados y seguir escuchando. Para los que no, acá está esta pelota vieja y desinflada, la única que podrán patear durante este año.

Sólo tres se levantaron con un poco de vergüenza, en realidad no les interesaba ya que jamás habían tocado un fútbol en su vida...

Así comenzó aquella aventura. Cada tarde salíamos al potrero a entrenar para nuestro gran desafío, nuestro gran sueño: conseguir el "Campeonato del Desierto".

Desde ese día todo cambió.No se podía picar la pelota y mucho menos gritar camino a la cancha. Íbamos y

volvíamos todos juntos, parecíamos un cuerpo de Élite preparándose para la guerra. Nadie pateaba el balón sin haber hecho las veinte vueltas obligatorias al perímetro del campo de juego, las cincuenta abdominales bolitas, treinta espinales y veinticinco demolidoras lagartijas que nos dejaban tirados en el pasto sin aire por varios minutos.

Llevaba el bolso con las camisetas y las depositaba en medio del potrero. Nosotros las mirábamos deseosos, soñando a cada tranco sentir las en nuestra piel. Cada uno cumplía con lo suyo, y el que no, lo pagaba con el doble, por haber hecho trampa. Así una tarde en la que el calor y el insomnio de amor al que me estaba sometiendo Elba me habían agotado las piernas a tal punto de caminar unos metros en vez de trotar, cada vez que el maestro me daba la espalda o se descuidaba, yo descansaba, hasta que el Colo fue y me delató sin que me diera cuenta. No sólo me pasé toda la tarde corriendo ante las burlas y risas de mis compañeros, sino que además fui sometido al humillante "Corredor de la muerte"; una especie de pasillo formado por todo el equipo, por el cual se debía pasar corriendo esquivando patadas y piñas por todo el cuerpo, salvo la cabeza y los genitales.

Con el tiempo consiguió un montón de materiales para entrenar, entre los cuales había varias pelotas, unas pecheras amarillentas que le había donado un amigo, conos plásticos, sogas, bolsitas con arena y el despiadado "trineo del dolor", el más cruel de los castigos para los inadaptados.

Muchos de nosotros sólo pateábamos hacia adelante, jamás un pase, o una jugada en equipo y mucho menos dominarla con autoridad. Así que lo primero que hizo fue presentarnos a la Señora Pelota, a la cual teníamos que

tratar como a una damisela a la que debíamos conquistar, con cariño, suavidad y respeto. Nos dio una, cada dos de nosotros y nos tuvo una semana entera haciendo pases cortos, jueguitos y diversas formas de pararla. De vez en cuando jugábamos al "loco" tocando el balón sólo dos veces como máximo. Al principio el "loco" atrapaba la pelota sin problemas, pero con el tiempo la práctica dio sus frutos e hizo que el que fuera al centro se ligara las pataditas en la cola correspondiente por no haber conseguido el balón antes de los veinticinco pases. Empezábamos a conocernos, a saber de lo que era capaz cada uno, a sentir a las camisetas cada vez más nuestras, aunque no las usáramos.

La primera prueba fue contra unos chicos de una parroquia que nos vino a visitar. Era un día de sol aunque de mucho frío. Salimos corriendo a buscar al maestro para pedirle las camisetas y estrenarlas de una buena vez, pero una vez más nos sorprendió con sus palabras. "¿Vale la pena estrenar sus sueños en el arenero y con niños a los que no tienen que demostrarles nada?". Nadie dijo nada, salimos en silencio como si nos hubieran sentenciado a muerte, aunque en el fondo todos deseábamos estrenarlas contra nuestro archirrival: Asunción. Esa mañana ganamos uno a cero con un gol de casualidad de la "Jirafa Pelaytay", y tal cual como había pronosticado el maestro, esos niños no eran una prueba válida. Les daba lo mismo ganar o perder un picado contra unos pobres indiecitos como nosotros. El equipo empezaba a conformarse y yo seguía tan atrás como siempre.

Faltaba un mes y medio para jugar la primera fecha del torneo. Estábamos cada vez más aceitados. Casi todos teníamos nuestros puestos definidos y empezábamos a

funcionar como un verdadero equipo. Salíamos jugando desde el fondo, los laterales se proyectaban por las bandas y hasta aprendimos a jugar con la ley del "fuera de juego". A veces venían padres a vernos entrenar y se quedaban asombrados, no sólo por el buen juego que mostrábamos, sino además por la disciplina y respeto con lo que lo hacíamos. Teníamos prohibido cuestionar los fallos del árbitro, pegar patadas de atrás o escupir a los rivales; pero sí podíamos aplicar cualquier picardía para sacar ventaja. El maestro siempre decía -así se juega en Argentina, hecha la ley, hecha la trampa. Nos enseñó a ganar distancia en los saques de costado, hacer tiempo cuando íbamos ganando, tironear a los contrarios cuando el árbitro no nos viera, tirarnos a la piletta para conseguir penales y un sinfín de mañas que adoptamos con facilidad.

Dio la lista de los jugadores que participarían del primer encuentro una semana antes. Entre ellos estaba Alexis, hijo de una celadora de la escuela, que todo lo mágico que tenía como jugador lo entorpecía con sus notas, notas que a la postre habían sido ocultadas a su madre. Lo cierto es que la noche en que la directora y la maestra de Alexis intentaron decirle al maestro que el niño no podía participar del partido debido a sus calificaciones, se armó tal escándalo que las voces se escuchaban desde el albergue, donde nosotros supuestamente dormíamos.

¿Cómo que no puedo llevar a Alex?

Es que no ha rendido bien el primer trimestre en varias áreas.

¿Y después de casi cuatro meses de clases se dan cuenta de que el niño no rinde? Mire señora, yo me tomo muy en serio el esfuerzo y el trabajo de los

chicos. Alexis es uno de los mejores jugadores del equipo; sino lo llevo no sólo estamos castigando al niño, sino además a todos sus compañeros. Han entrenado por meses, matándose con sol, frío y llenos de tierra. Sé que no es justo que vaya, pero le prometo que si después de este partido no cambia su actitud, no juega más.

No se lo tome tan en serio. Es sólo un juego. ¿Nunca escuchó que lo importante es competir?

A mí me encanta competir; pero no me gusta perder ni a las bolitas. El año pasado estos niños salieron llorando de la cancha cuando perdieron la final. Creo que no sólo piensan en participar, quieren ganar, al igual que yo.

Esa noche más de uno no durmió, entre ellos Alexis. Era todo lo que le faltaba para convencernos de que se jugaba entero por nosotros. Estábamos listos para salir a matar o morir.

El primer partido fue de local, un día domingo nublado en el que esperamos hasta las once de la mañana para enfrentar a los chicos del Retiro. El maestro nos sacó del aula una media hora antes y nos hizo cambiar en el albergue; se acercó al armario y sacó una bolsa de una tienda de ropa de la que extrajo unas camisetas viejas y descoloridas que nos destrozaron el corazón. Nos quedamos mirando sorprendidos, en silencio, como pidiendo una explicación con nuestros tristes ojos. Se volvió al armario, tomó el paquete marrón y levantándolo dijo: "estas son para la final, es en el único partido que las van a usar, así que salgan y ganen"; nos formó en fila y al salir nos propinó una palmada en el pecho en forma de

arenga, como lo hacía el famosísimo técnico Carlos Griguol, que nos llenó de coraje.

Al llegar a la cancha, estaba lleno, padres, alumnos y maestros alentaban nuestro ingreso. Nos moríamos de vergüenza, pero nos sentíamos unos leones dispuestos a devorar al mismo diablo. Sin sobresaltos ganamos tres a cero y dimos cuenta a las noticias emitidas por el Correo del Cielo que íbamos por la revancha del año anterior y por manchar con sangre si fuesen necesario las camisetas sin estrenar. Asunción y su banda comenzaba a inquietarse.

Al igual que nosotros Asunción había derrotado de local cinco a cero a San José, demostrando como cada año, que eran firmes candidatos. La próxima fecha debíamos viajar a San José, así que nos preparamos con todo para el encuentro. Alexis mejoró sus notas, y el maestro nos regaló un par de medias de fútbol por haber ganado el partido anterior. En la escuela éramos algo parecido a superhéroes, los más chicos nos admiraban y las chicas parecían prestarnos más atención, aunque algunas como Elba no daban muestras de un pobre defensor como yo.

Los entrenamientos se intensificaron y el maestro, aprovechando el entusiasmo de todos, le solicitó a la directora que le permitiera trabajar con los chicos del equipo en horas de la siesta, pedido al que la autoridad accedió gustosa, ya que el triunfo de los alumnos había sido también el de su papel para con los padres, que de a poco comenzaban a acercarse a la escuela a colaborar. En esas siestas en las que más de uno creyó verse deshidratado por la ocurrencia del maestro de entrenar en ese horario, conocimos el verdadero encanto del fútbol. Nos reunió en un aula en la que había ambientado una especie de mini cine

y nos sorprendió con la magia de Pelé, Garrincha, Platini, Cruyff y su Máquina Naranja y la heroica hazaña de Argentina en el Mundial 86. Para Diego, dejó un capítulo aparte, en el que no sólo disfrutamos de sus endiabladas gambetas y travesuras contra los ingleses, sino también que nos entristecimos con la desidia de un simple hombre convertido en héroe al que el mundo entero se sintió con derecho a juzgar. Por mi parte, me quedé sorprendido con el gol del Tata Brown en la final contra los alemanes.

El partido siguiente fue un trámite. Sin problemas derrotamos tres a cero a San José en su cancha. El maestro se dio el lujo de no llevar a todos los jugadores titulares, ya que no quería arriesgarse a sufrir la lesión o una posible suspensión de alguna de nuestras estrellas. Asunción por lo pronto había hecho lo mismo con los pobres chicos del Retiro. En una verdadera muestra de profesionalismo y autoridad le había pasado la escoba sin problemas, propinándole un contundente cinco a cero, dando muestra del por qué de su título de campeón.

A la semana siguiente las tardías voces del desierto poblaron de rumores cada rancho, cantina e inclusive iglesia de cada pueblo. En la nuestra el Padre Federico refirió su sermón dominical a la lucha entre David y Goliat en la que por supuesto nosotros éramos el virtuoso hombrecillo de la honda y las hordas despiadadas de Asunción el gigante a vencer.

El inminente choque entre ambas escuelas era un hecho y bien se sabe: "en pueblo chico, infierno grande". No faltó quien mandara mensajes por el celestial "Correo del Cielo" apostando a tantos y cuántos a favor de unos y otros. Todo nos involucraba, nos correspondía. Para muchos de

nuestros padres, amigos y familiares era una cuestión de honor, de hombría y sobre todo, de revancha, que derrotáramos a nuestros enemigos íntimos.

Las cábalas nos llovían, los consejos, las opiniones. Así muchas madres como la mía, obligaron a sus hijos jugadores a atarse cintas rojas en la piernas, colgarse amuletos, bañarse en ayunas y hasta usar por días el calzoncillo utilizado en el último partido. El pobre Aníbal sufrió la fanática locura de su abuela al tener que llevar durante cinco días, ramas de ruda macho entre sus pantalones. Rodrigo fue teñido al mejor estilo Palermo y yo a tener durante horas cada noche, mis pies en baños de Palo Azul, situación que causó la risa de mis compañeros a la hora de bañarnos.

Por acuerdo de los maestros representantes de cada equipo, se decidió jugar el partido en el solitario y tranquilo pueblo de San José, ya que nos quedaba a mitad de camino a ambas escuelas. De este modo se trataba de garantizar la parcialidad del encuentro y la concurrencia regular de ambas hinchadas, que preparadas con bombos legüeros, cornetas y cuanto elemento hiciera suficiente ruido como para intimidar al contrario, estuviera a su alcance. Todos esperaban ansiosos la llegada del "Día D".

El domingo llegó tranquilo, dulce. El canto del gallo había fallado casi por una hora ante nuestra tempranera ansiedad. Los improvisados botines de fútbol descansaban en la fría antesala del baño debido al olor a nutria del pantano que emanaban constantemente y las camisetas sin estrenar, para grata sorpresa nuestra, en los pies de cada una de las camas.

El traslado del equipo estaba dispuesto para las diez de

la mañana. La "Chatinga" de don Antonio Pelaytay, único transporte de pasajeros disponible a veinte kilómetros a la redonda, tuvo que pedirse con un mes de anticipación ya que era muy solicitada. El entusiasmo colectivo llevó a la comisión cooperadora a pagar no sólo los gastos del viaje, sino el refrigerio y un premio sorpresa en caso de que el flamante trofeo descansara en las legendarias vitrinas de la escuela. Por otro lado, la camioneta del maestro José se encargó de llevar a los docentes restantes, padres, celadores y hasta mascotas que no querían perderse por nada del mundo el encuentro del año.

Al retirarnos de la escuela muchos de los compañeros que se quedaban salieron tristes a saludarnos. Hoy recuerdo sus rostros y siento la nostalgia de no haberlos podido llevar. Los vehículos comenzaron a recorrer el serpenteado camino y con los primeros bocinazos salieron algunos vecinos a despedirnos. Lentamente se fueron sumando para nuestra sorpresa, otros cascajos viejos y despintados que andaban más por cariño a sus dueños que por sus condiciones mecánicas, para formar parte de aquella cola de barrilete que soñaba con flamear en el cielo de la gloria.

Así partimos, mansos y tranquilos como siempre, temerosos del mundo distante al nuestro, tragando el eterno polvo de los caminos y el fresco aire de las mañanas laguneras que nos llenaba de entusiasmo y coraje. Con el tiempo nuestra tropa se convirtió en leyenda, ya que ningún equipo había logrado llevar más de seis autos a un encuentro deportivo. Ni siquiera cuando mi tío Aurelio llegó a la final del torneo de bochas jugado en el bar "La Cucaracha", en Asunción. Ese día sumamos diez vehículos

entre ellos un zulqui, un carretón sanjuanino y una moto. Entramos al pueblo cantando y sacudiendo la gigantesca bandera que había confeccionado la esposa del maestro y en la que se podía leer claramente "Lagunas los dueños del sol". El silencio invadió a nuestros rivales, nuestros gritos de guerra aturdirían su confianza.

El árbitro fue Fabián Esquive!, un muchacho chaparrito de sonrisa muy blanca que era tan bueno como honesto y que con el tiempo se convirtió en uno de los representantes más importantes de las comunidades del desierto, destacándose por su buena predisposición y capacidad para mediar con las autoridades de turno. Para mi sorpresa el maestro me había designado capitán, así que cuando el juez nos llamó, obediente a los consejos de mi entrenador, me acerqué lentamente mirando fijo y directo a los ojos del rival, como en una pelea de boxeo. Al saludarnos, aprovechando que era un poco más chico que yo, apreté su mano con energía tratando de transmitirle que en el partido sería del mismo modo, él también apretó con fuerza sonriendo de forma burlesca. Al caer la moneda el sello me dio la posibilidad de elegir el arco con viento en contra. El árbitro nos estrechó la mano a cada uno deseándonos suerte y recordándonos que sólo era un partido de fútbol. Nos miramos bien, recorriéndonos de pie a cabeza como buscándonos nuestro "talón de Aquiles". Me quedé un segundo esperando a que se fuera, cuando me dio la espalda supe por qué me había elegido como capitán el maestro. Ese niño sería durante los próximos setenta minutos mi peor pesadilla. Un nueve negro y tenebroso ocupaba su musculosa espalda, su nombre era Maxy Martínez.

El encuentro comenzó tenso, despiadado. Nadie regalaba nada, cada pelota se disputaba con el cuchillo entre los dientes, como si fuera la última. Aprovechando el viento a favor ellos atacaban sin compasión, haciendo correr la pelota con precisión y abriendo el juego a su puntero derecho, que más que correr volaba. Dos remates desde fuera del área alertaron a Aníbal de que la tarea no sería sencilla. Como en las últimas tres jugadas, esperábamos el momento justo para el contra ataque. El puntero desbordó por derecha, echó el centro al corazón del área y en mi primer duelo personal con Maxy lo anticipé y rechacé de cabeza hacía la mitad de la cancha. La pelota le cayó en los pies al "Zorrito Melonero", sin mirar y casi de memoria se la puso en el pecho a Jony que jamás perdonaba frente al arquero y la mandó a guardar en el fondo de la red. No voy a decir que no lo podíamos creer, no puedo decir eso porque sería traicionar a nuestro esfuerzo y colmar de suerte aquel merecido gol.

Sólo ocho minutos y ya disfrutábamos de sus nervios y de los gritos de su entrenador que se agarraba la cabeza cada vez que la pelota paseaba de un lado al otro del campo de juego sin poder siquiera comernos una infracción. La gente nos aplaudía, gritaba "ole" cada vez que teníamos la pelota. Todo era perfecto, un sueño; un sueño que de repente se convirtió en una terrible pesadilla.

- Árbitro, árbitro: tienen uno más, tienen uno más. La voz provenía de la sombra de un algarrobo que estaba detrás de nuestro arco.

¿Cómo uno más?-Preguntó el juez.

Sí, son uno más. Cuéntelos o está jugando para ellos.

No le voy a permitir. Intentó decir el pobre

chaparrito cuando vio entrar a la cancha al director de la escuela de Asunción, un hombre corpulento que lo superaba en peso y estatura y que parecía un jabalí volcado a toda velocidad sobre la humanidad del pobre Esquivel.

Sí me va a permitir. Soy maestro hace veintitrés años lo que menos puedo hacer es enseñarle a contar. Y tomándolo de la solapa de la camiseta le hizo contar cada uno de los jugadores.

Efectivamente; Rodrigo había entrado a la cancha en el precalentamiento y no se había salido. Nunca supe si el maestro no se dio cuenta o realmente sabía y quiso sacar ventaja de aquello. Lo cierto es que se restaron los ocho minutos transcurridos y se dispuso jugar dos tiempos de treinta y un minutos, comenzando cero a cero nuevamente.

El encuentro no cambió demasiado, ellos atacaban y nosotros sólo con dos delanteros contragolpeábamos y obligábamos a que no se vinieran del todo. El primer tiempo fue para medirnos, ninguno de los dos equipos arriesgó más de lo que tenía. Un tiro en el palo faltando un minuto para terminar la primera mitad nos llenó de pánico como de alegría, ya que al salir al descanso el maestro nos dtjo: -No se preocupen chicos los que se erran en el arco de enfrente se pagan en el tuyo.

El segundo tiempo tardó en comenzar, ya que hubo tal revuelo entre las hinchadas que tuvo que intervenir Rolo, el policía de guardia, llevándose detenido a un padre de cada equipo, que con unos tragos de más fueron a parar a la comisaría.

Si hay algo que jamás falla en el campo es la naturaleza, así que por lógica el viento sería nuestro jugador de más al

momento de rodar la pelota. Ni bien movimos Claudio lanzó un pase milimétrico para el pique de Nego, que de primera tiró el centro obligándonos a ver la mejor "palomita" jamás ejecutada en tierras lavallinas. Picando detrás del defensor apareció Alexis como un fantasma entre la blanquecina nube de tierra, volando por siempre en mi memoria e impactando de lleno la pelota que se colmó de gol con todos nosotros abrazados, sintiéndonos uno solo, sintiendo por primera vez el aroma a héroes que despedían nuestras camisetas.

Nos paramos firmes, dispuestos a liquidar el encuentro, esperando el momento justo para gritar el segundo. Comenzamos a desarrollar las artimañas aprendidas siempre sin faltar el respeto ni hacer trampa, y formamos dos líneas de cuatro para garantizar que no entraran por ningún lado. Habían pasado dieciocho minutos casi sin sobresaltos. A ellos les costaba llegar con el viento en contra, pero por algo eran los campeones. El D.T rival realizó un cambio que nos sorprendió. Llamó a su puntero derecho, que por falta de espacio no tenía trascendencia y puso en su lugar a un duende. Sí, así lo describiríamos después del partido. Se llamaba Pedro Severino Mondingo, no medía más de un metro de altura, era regordete, más bien desproporcionado. Piernas largas, torso muy pequeño y algo de lo que jamás me voy a olvidar, sus orejas puntudas. Entró corriendo como quien intenta atrapar un chanco en el barro, haciendo amagues y corridas cortitas pero de extrema velocidad. Se colocó a mi lado y me dijo un par de palabras que no pude entender, cuando el árbitro se dio vuelta me bajó los pantalones y salió corriendo. Nadie me había faltado el respeto de esa

manera, yo era el capitán, el mariscal del área, el último hombre, no podía hacerme eso. Salí detrás de él a toda carrera y lo tomé del cuello como quién agarra una gallina para carnearla, cuando escuché el silbato que aturdí mis tímpanos y me traía a la triste realidad. El juez me estaba mirando y lo peor de todo era que estaba en mi área.

Aníbal nada pudo hacer con el disparo de Maxy, uno a uno y con una amarilla que me perforaba el alma cada vez que tenía que marcar a mi rival de turno. Faltaban cinco minutos y los dos equipos estábamos encarnizados. La pelota iba y venía de un arco a otro sin descanso. Los dos entrenadores se mataban gritando, tratando de ordenar a sus jugadores. Un tiro de esquina nuestro los terminó de meter en su arco para defenderse como fuera. Ya ni atacaban prácticamente. La tierra no dejaba ver con claridad, así que había que estar atento a cualquier error o descuido que pudieran cometer.

El árbitro adicionó un minuto por compromiso más que por reglamento, si por él hubiese sido lo hubiera terminado mucho antes. La gente afuera cantaba enardecía por el tremendo calor de aquella tarde y la refrescante cerveza de las cantinas. Cada vez más cerca de la línea del campo de juego presionaban de un lado o del otro según la banda en la que se desarrollaba la jugada. Por suerte la última estuvo de nuestro lado, Kuca se escapó por la derecha y apenas se le arrimó el defensor se tiró de cabeza como si le hubiesen pegado un tiro más que una patada, tomándose el tobillo y revolcándose de tal forma que el árbitro no tuvo más remedio que cobrar la falta y sancionar el tiro libre. Batahola nuevamente, gente de un lado, gente del otro, Rolo que separa, detiene a dos más y a ejecutar el disparo.

Cuánto hacía que no convertía. Creo que desde el último entrenamiento, cuando el maestro me dijo: -andá a cabecear Ramón, sos el más alto de todos. Confianza es todo lo que hace falta. Qué golazo hice esa vez. Me quedó marcado el pico de la pelota en la frente, pero no sentí nada, porque como decía él "un gol lo calma todo". Y a mí me calmó todo ese gol. Me calmó el cansancio de tanto correr, el dolor de piernas de tanto tirar con el trineo, la ausencia de mi padre, los desvelos por Elba...

Cuando me cayó la pelota en los pies, después del despeje del "Colo González", sentí un escalofrío que me atravesó el cuerpo. Todo quedó en silencio por un segundo. Sólo podía ver cómo todos agitaban sus manos tratando de decirme algo. Una nube de polvo cubrió el área completamente y entre la densa cortina poblada de difusas figuras grisáceas, distinguí la marca roja que tenía en el centro el travesaño del arco contrario. Ahí apunté, a ese rojo distintivo, como el de nuestras camisetas.

¿Les conté que siempre soñé con ser delantero? Esa tarde terminé de convencerme de mi destreza y habilidad. Cuando sentí el balón bajo la suela de mi zapato comprendí que algunos nacen para goleadores y otros para pica piedras. Así que encaré, como quién penetra el famoso túnel de la muerte con su luz brillante a la distancia. Nada podía detenerme, yo era el capitán, el elegido, el que llevaba la lanza del equipo. Dejé tirado al petizo orejudo, pasé por arriba al corpulento cuatro que intento derribarme, le tiré un caño a Maxy que no se animó a hacerme penal y cuando me salió el arquero, cerré los ojos, pensé en las camisetas, en el maestro, en el bello rostro de Elba y... se la toqué a Jony para que definiera. Él jamás la tiraba afuera, jugaba de

nueve. Él sí que era un goleador de aquellos.

Todo terminó cuando los padres, maestros y compañeros entraron al campo de juego para dar finalizado el partido y el campeonato. Nos aplastaron de cariño. Algunos fueron llevados en andas a dar la vuelta olímpica y otros semidesnudos quedaron arrodillados mirando al cielo, dando gracias por el triunfo conseguido. El pobre de Esquivel tuvo que retirarse custodiado por el policía ante el reclamo desmedido de algunos padres que se lo querían comer.

Busqué al maestro entre la despiadada vorágine que se había desatado. Imaginé que estaba festejando como el año anterior, pero no, esta vez fue muy cauto y respetuoso. Lo encontré consolando a sus ex jugadores, hablándoles como lo había hecho con nosotros a principio de año. Se fue despacio como queriendo olvidar lo que había pasado, tranquilo de haber cumplido con la promesa de sacarnos campeones del desierto.

Juramos en el vestuario, guardar como recuerdo sagrado las camisetas que tanto esfuerzo nos había costado conseguir, no volver a usarlas nunca más y tampoco lavarlas como se hace con las banderas de guerra. Así fue, cada uno se llevó la suya y la depositó con todos los momentos vividos en los rincones más inciertos de sus ranchos. Algunos como Roberto la colgaron en su habitación, otros como Juan durmieron con ella por mucho tiempo hasta que les quedó chica y un pobre y cobarde enamorado la canjeó por el beso de la chica de sus sueños

PENALES

EN LA SIESTA

Yo vendía tortas y café en los viejos talleres de la TAC, me costó bastante ganarme el lugar. Por ese entonces la parada era del Roly que llevaba varios años atendiendo a los choferes y mecánicos. Era bueno el Roly, por lo que decían los micreros más viejos, pero con el tiempo y después de salir de la miseria en la que vivía se había puesto un poco engreído, agrandado como dicen. Me acuerdo la primera mañana que se me dio por arrimarme a la puerta del taller. Hacía un frío terrible, yo andaba con los dedos afuera enarbolando la pobreza a gusto nomás, así que decidí trajinar cerquita de la casa porque me daba frío y vergüenza cruzar la vida así. Apenas me vio el viejo tortero se me vino al humo con la bicicleta, y me encaró como para pasarme por arriba. Yo me quedé paradito, cerré los ojos y esperé a que estuviera bien cerca para esquivarlo. Gracias a Dios el Negro Vásquez le pegó el grito y él se sofrenó como si hubiera visto al mismísimo diablo. Yo ni bici tenía, cargaba el termo viejo que me había prestado don Godoy en un bolso de esos plásticos multicolor, una docena de tortas de chicharrones y una de raspaditas. Las tapaba con papel de las bolsas de harina, un repasador viejo y salía a tranquearme las monedas. A veces todo se me acababa al llegar al centro así que me daba flojera volver hasta la casa a buscar más. Entonces sacaba las monedas que me daban de propina por hacer algún mandado y me metía en los videos



de la Veinticinco de Mayo, "tristísimo final para el edificio del viejo cine pueblerino".

Esa mañana el Negro me compró las primeras tortas y llamó a sus compañeros para que me compraran también. En menos de una hora no me quedaba nada. No lo podía creer, eran las diez y no tenía más para vender, ni siquiera las migas que de puros nervios me había comido. Me sentía tan feliz que me quedé sentado en un banquito mugriento que tenían los mecánicos disfrutando del sol tibio de aquel mayo. El Roly miraba desde lejos con una bronca que le brotaba por los ojos. También me quedé sentado porque sabía que apenas pisara la calle, el bicicletón despintado del cafetero me iba a pasar por encima. Antes de irme el Negro

se me arrimó y me dijo que viniera mañana y que me quedara tranquilo, que el Roly no me iba a hacer nada. Así fue, no sé que le habrá dicho, pero por las dudas no me di vuelta hasta cruzar la plaza. Llevaba el bolso vacío, el bolsillo sin lugar y el corazón que me explotaba.

Ya a las pocas semanas me había comprado zapatillas nuevas y los dedos andaban apretados de alegría. El Negro me trajo una ropa que su hijo ya no usaba, aunque yo sabía de sobra que era ropa nueva que me había comprado, pues uno de los mecánicos me había contado que no tenía hijos y que vivía sólo. Yo me dejé llevar, después de todo yo tampoco tenía padre así que medio que necesitaba alguien que me quisiera como a su hijo.

Con el tiempo el Roly dejó de venir porque nadie le compraba y yo empecé a vender más que nunca. Me pasaba toda la mañana yendo y viniendo con el bolso cargado y los termos con café y yerbeado atendiendo a los micreros que llegaban y a los que se tomaban algo a las apuradas antes de irse. Me sentía tan feliz que a veces ni ganas me daba de ir a la escuela, para qué si con las tortas me iba re bien; tenía ropa nueva, plata para ayudarle a mi mamá, y también lo tenía al Negro que me quería como a un htjo.

Un día, ya en la última vuelta a la casa, se me dio por escaparme para el centro. Llevaba la plata de las tortas y las propinas separadas para no gastar más de la cuenta. Me fui por dentro del barrio Citón recorriendo algunas calles que no conocía y evitando pasar por la estación de servicio donde trabajaba mi hermano Eduardo, el mayor y encargado de la tribu, que no sólo se ocupaba de ayudar a mi mamá con los gastos, sino también de tenernos cortitos a todos. El barrio ya tenía sus años de viejo, lo denotaban

ciertas paredes descascaradas y las cortezas desprolijas de algunos plátanos ajusticiados de amor. Hacía apenas un año que habíamos llegado desde Alto Verde disparándole a la mala suerte, tratando de sacarnos de encima la tierra de los crueles surcos mendocinos, y el sol intenso que consumieron a mi padre. Y en ese suspiro de tiempo yo sentía que había vivido toda mi vida allí, me sentía libre, seguro y a veces aunque tuve que pagar derecho de piso con algunos magullones y sangre en la nariz fui el patrón de la vereda.

Para llegar a la calle Veinticinco de Mayo había que atravesar la estación de trenes. Se ingresaba por una puerta angostita custodiada por dos palos gigantes que hacían las veces de guardianes al mundo de las aventuras en las siestas. Después un caminito polvoriento que en algunas partes era tapado por los yuyos, y en el que había que tener cuidado si uno andaba solo porque muchas veces se quedaban a dormir los borrachos o mendigos que la noche atrapaba en los descuidos brutales de la pobreza y el alcohol, y al igual que en años oscuros la gente desaparecía misteriosamente allí sin dejar rastros. Yo al mediodía me animaba a cruzar, era corajudo. A lo que no me animaba era a enfrentar al Rata que vivía en los galpones abandonados de la estación. Él no era mucho más grande que yo, tampoco era bueno peleando, yo lo vi un par de veces a la salida de la escuela Prisco haciéndose el guapo con unos niños que le hacían burla, y había cobrado "como caballo cuesta arriba", como decía mi abuelo. A mí lo que me daba miedo del Rata, era su cara; la cara de rata que tenía. El rostro huesudo, la nariz alargada, las orejas redonditas que sobresalían de su cabeza, la boca chiquita y dos dientotes

blanquísimos que se escapaban cuando reía y contrastaban con su piel morena teñida de sol y pobreza. El Pato Márquez, un amigo de mi hermano Eduardo, contaba que en las noches le crecían los bigotes y las orejas se le alargaban, que tenía un traje oscuro que lo hacía casi invisible y que era ayudante del Ratón Pérez, cuando este salía de ronda a recoger los dientes de los niños que tienen almohadas para descansar. Esa tarde me le animé, no tenía mucho tiempo para dar la vuelta por el paso a nivel, así que cargué la honda, apreté el tranco y encaré por la sendita que llegaba al terraplén de la estación. Un sol alto como los sueños marcaba la una de la tarde. El andén estaba desierto, silencioso. Me detuve un segundo a mirar las chapas que cubrían la entrada de uno de los galpones. La curiosidad me atravesó las ganas y me arrimé. Asomé la cabeza por la hendidura herrumbrada que regalaban las latas calientes y descubrí un mundo sin luz, sin color, sin alegría. Un alambre extendido de lado a lado del galpón donde colgaban bolsas de arpillera descoloridas que tapaban la miseria de aquel hogar. Contra una de las paredes un fogón improvisado y una olla tiznada que despedía un humo suave de hambres viejos y sueños. Muy cerquita una soga deshilachada sostenía la poca ropa que tal vez tuviera el Rata y su familia. Me cansé de escudriñar en la penumbra, abriendo anhelante mis ojos, tratando de encontrar el traje o el saco del que hablaba el Pato Márquez, pero no vi nada. El galpón era fresco, amplio. Lo que parecía ser el dormitorio y la cocina, apenas ocupaban un cuarto de aquel templo sin aromas; casi no se veían los rincones desde una punta a la otra. Me animé a entrar, después de todo no estaba haciendo nada malo y aquella aventura de ingresar a

la casa del Rata, el ayudante nada menos que del Ratón Pérez, era más divertido que darle a la botonera de los videos. Apenas hice unos pasos me di cuenta que desde adentro la cosa era distinta, la vista se adaptó a la penumbra mostrándome que la pobreza también tenía color. El aire que en el andén de la estación quemaba sin piedad, allí dentro era manso y fresco como las mañanas de campo. Yo era un niño, y a veces no me alcanzaba la vista para llenarme la vida, miraba asombrado como los murciélagos bailaban divertidos entre amagues y gambetas fugaces sorteando los palos del techo infinito de aquel galpón. El silbido del viento entre las chapas me atrajo hasta el otro extremo del recinto, así que caminé despacio pisando con el alma, como quien se escapa de casa a la hora de la siesta para salir a soñar.

Allí estaba, una pelota humilde, modesta podría decir, descansando en el punto del penal, como una dama enamorada esperando a su amante eterno que viniera por ella a brindarle las caricias de los toques sutiles que sólo dedican los botijas de los galpones viejos. El arco era perfecto, un poco más chico que el de la cancha de Caballero que estaba allí cerca. Era de caño, pintado de blanco con la base de los palos rojo y tenía hasta los ganchos para colgar la red. El área estaba marcada con cal, hasta la media luna estaba señalada y casi imperceptible pero estoicos como soldados, se divisaban los banderines del córner simulados con palos de escoba y trapos rojos. Era extraño ese lugar, pues se hacía invisible desde cualquier punto del galpón, sólo se manifestaba cuando uno pisaba el área y hundía las ganas de gol en esa tierra húmeda, fresca que inmediatamente transportaba a un estadio verde, de

tribunas infinitas, de voces alocadas que gritaban mil nombres y cantaban canciones como las de los Leones del Este. El tiempo se detenía y el mundo cabía en aquella catedral de la magia y la miseria. Me paré bien de frente, como me había enseñado mi padre, para que el arquero imaginario no pudiera intuir dónde iría la pelota, con las manos en jarra como quitándole importancia al disparo, tomé carrera despacio y justo cuando le iba a dar de lleno a la de cuero, escuché el ruido de las chapas que se movían y de una cadena gruesa que atravesaba la puerta y la cerraba para siempre. Me quedé helado, petrificado junto a la pelota como la estatua que los hinchas de Racing le hicieran a Merlo. Me quedé sin aliento soñando ser invisible por una vez en la vida, sólo por esa vez. Un silencio sepulcral inundó el galpón, unos pasos sigilosos casi imperceptibles llenaron de misterio la escena. Soñaba que la persona o lo que fuere que había entrado tampoco pudiera ver el pedazo de cancha que yo no había descubierto hasta hundirme en él. De repente se detuvo, unos ojos minúsculos brillaban en la inmensidad de aquella penumbra y una silueta consumida y encorvada con un costal al hombro se desplazaba lentamente hacia mí como un fantasma. Me saqué la honda del cuello despacio, tratando de no alertarlo pero cuando toqué el bolsillo para tomar la única piedra que llevaba noté que al igual que mi suerte, ya no estaba ahí. Era inevitable, el mismísimo Rata con sus dientotes afilados estaba frente a mí. Lo pude ver bien cuando dejó caer el pesado saco que llevaba colgado en su espalda y el polvillo blanquecino entrelazado con el único rayo de luz que se filtraba por el techo le cubrió su total delgadez y humildad.

¿Qué hacés acá? -Una voz chillona y finita rompió el mutismo.

- Nada, pensé que no vivía nadie y entré a mirar.

- No me chamuyés, todos saben que vivo acá. Además yo te conozco, vos vendés tortas en la TAC.

- ¿Y cómo sabés? -me animé a tutearlo después de todo éramos niños, aunque él parecía mucho más grande que yo.

- A mí me dicen el Rata, y ando por todos lados sin que la gente me vea.

Era verdad, yo lo había visto sólo a la salida de la escuela un par de veces.

- ¿Por qué no querés que te vean? -pregunté haciéndome el comprensivo

- Porque se burlan, creen que soy una rata. Algunos padres le meten miedo a sus hijos conmigo cuando se portan mal, otros cuando me ven con el saco creen que soy el Viejo de la bolsa. Ni el cura me quiere en la iglesia porque dice que la gente no entra a misa cuando me paro a pedir en la puerta. De eso me aprovecho, le digo que me dé de comer antes de que las viejas copetudas empiecen a rezar o no me voy.

Me quedé en silencio un segundo asintiendo las penurias del Rata; después de todo tenía razón, en la calle la gente es cruel.

- Es lindo el galpón. (Cambié de tema tratando de distraerlo).

- Sí, ahora que están todas las chapas, y agradecé que es verano. En invierno no sabés lo que es... un frío que no se aguanta. Decí que tengo el aserradero cerca y en las noches le llevo unos caramelos al perro que cuida, le hago

unas caricias y me saco algunas tablas para pasar el susto. El problema es al otro día, cuando voy a la escuela y la señorita Matilde me manda de un lado a otro porque no me aguanta el olor a humo. En verano es distinto, tengo el canal cerquita así que me llevo la toalla, el jabón y me baño todos los días. La gente que pasa me mira, sin mirar, se creen que no me doy cuenta. Yo me he bañado en la ducha de la escuela, pero el canal es mejor. Me tiro una cuadra antes hago la planchita y me dejo llevar, el agua se lleva todo. A veces me olvido que soy pobre y creo que es el agua que se ha llevado el recuerdo.

Yo era pobre. Cinco hermanos, sin padre, sin hogar ... pero con familia. No era tan pobre. Pensé en contarle a mi mamá sobre el Rata y llevarlo a vivir con nosotros, después de todo una boca más no era tanto. Aprovechando que habíamos entrado en confianza y que al Rata se le había abuenado un poco la cara encaré para la puerta haciéndome el distraído.

Bueno, me voy. Mi hermano me está esperando en la estación.

- No -sentenció el Rata, -de acá no te vas así nomás. Que te creés que vas a entrar sin permiso, y te vas a ir como "Pedro por tu casa". No hermano acá tenés que pagar. -De repente le cambió la cara. Me acordé lo que contaba el Pato y me pareció ver cómo le crecían las orejas y los bigotes. Por un momento pensé que era el final y que él haciendo uso de sus poderes mágicos iba a clavarme los dientotes hasta dejarme desangrado.

- Cómo querés que te pague si no tengo un peso - apreté fuerte la bolsa con la plata de las tortas. Algo de las propinas le podía dar si se ponía jodida la cosa, pero llegar

sin la plata de las tortas a la casa, era lo mismo a que me agarrara el Rata.

Se me acercó despacio, como tanteándome el miedo y miró hacia el arco.

- Te hago un trato. Yo se que tenés la plata de las propinas que te dan en la TAC por hacer los mandados, así que no seas rata, que para rata estoy yo. Juguemos a los penales; si ganás te quedás con la plata y te vas silbando bajito. Si gano yo me quedo con las monedas y con tu honda que me hace falta para matar los pericotes que andan por los palos y no me dejan dormir en la noche.

Muchas veces había jugado a los penales con mi viejo en el arco improvisado del parral de mi casa en Alto Verde. Me había enseñado algunos trucos para engañar al arquero: cómo pegarle tres dedos, de puntín y hasta con las dos piernas si era necesario; pero nunca había competido con nadie. En la cuadra jugábamos al veintiuno, a las pataditas con dos toques, algunos picados con mi primo el Peña, pero nunca nada tan serio y arriesgado como aquel desafío. Era el momento de la verdad, de mi verdad con la vida, de saber quién era realmente, quizá de honrar a mi padre pateando un buen penal que me llevara a la libertad.

- Acepto. -Asentí firme y decidido. Cinco penales. Si empatamos me voy y la seguimos mañana.

El Rata no dijo nada. Caminó lentamente hasta el arco y tomó una soga blanca y deshilachada que colgaba al lado del palo izquierdo y tiró con fuerza. De pronto dos chapas que daban justo debajo del área se abrieron lentamente con un chillido viejo y herrumbrado de glorias y hazañas. Aquello era sorprendente, el arco quedó totalmente iluminado, el galpón entero cobró vida mostrando murales

pintorescos en todo su interior, flores de mil colores estampadas en la pared sur; un sol gigante y luminoso en la pared norte y en el fondo el deseo de una casa de cuentos de hadas y las siluetas escuálidas de una familia en un prado verde. No me hizo falta preguntarle para saber, para sentir que esos murales eran sus sueños. Después de todo el Rata no era tan pobre. Me hubiese gustado vivir un tiempo con él.

Se agachó hasta la base del palo, tomó un par de guantes de tela que mostraban la punta de los dedos cortados, se calzó una gorra sucia y le dobló la visera.

- Vos pateás primero.

Tomé la pelota entre mis manos tanteándole el peso, el aire, la historia que habitaba entre sus cascos gastados. Estaba bien inflada, zurcida prolijamente. La hice picar un par de veces, la puse debajo de la suela de la Flecha derecha y la payaneé con sutileza tratando de hacerle sentir mi amor a primera vista, mi temor de perder las monedas de las propinas.

El Rata se había agazapado debajo de los tres palos con una concentración excesiva, maníaca. Yo me hacía el distraído, mirándolo sin mirar como lo hacía la gente, pero me di cuenta de que no le sacaba la vista de encima a la pelota. Cuando la puse en el punto del penal, noté que había una especie de cuna donde flotaba la redonda sobre un polvillo suave; hacía tiempo que nadie pateaba desde allí, hacía tiempo tal vez que el Rata no encerraba a nadie para quitarse un poco la soledad. Le di fuerte abajo, a la derecha, asegurando el disparo sin alma que sentenciaba el uno a cero. Con el impulso de la patada salí corriendo hacia el arco, siguiendo con la mirada el trayecto de la pelota,

disfrutando del vértigo insensato que otorgan los penales. Amagué a festejar el gol levantando las manos, pero le vi el brillo asesino en los ojos al Rata que se incorporaba lentamente masticando la bronca de haber intuido el palo y de no haber tapado el penal, y preferí la prudencia a perecer en aquel galpón del descuido.

Cuando le tocó el turno a él no dudó en gritar el gol, y mucho menos en salir corriendo como loco hacia uno de los costados del área donde colgaba una piola blanca casi imperceptible que apenas jaló, volcó un tarro de leche que flotaba en uno de los parantes del techo y dejó en libertad miles de etiquetas celestes y blancas de la vieja fábrica Datillo, que él había rescatado de los sucesivos embargos, saqueos y rapiñas que la cerraron para siempre. Seguramente eran aquellos papelitos el recuerdo grato del último trabajo digno de su madre con un delantal de obrera, en aquel templo del progreso sanmartiniano que desapareció al igual que tantas otras promesas en la nefasta década de los noventa. El Rata gritaba eufórico arrodillado bajo aquella nube de gloria que lo cubría y agigantaba. El eco de su vos se multiplicaba en mil voces que inundaban cada rincón del galpón haciendo estremecer las chapas y la piel; la siesta se hacía encanto y yo no sentía tanto miedo como antes; aquella definición me había hecho crecer el coraje, la valentía y sobre todo el orgullo. No podía perder con el Rata aunque las monedas le hicieran más falta a él que a mí.

Los penales se fueron sucediendo uno a uno; ya en el segundo que me tocó patear y que convertí sin dificultad, confiado y atrevido salí gritando como loco con los puños apretados, mirando el cielo, bueno el pedazo de cielo que se

abría entre las chapas. Busqué desesperado una de las piolas que volcaba los papelitos sagrados que cubrían al Rata, pero fue inútil, desaparecían como por arte de magia; sin embargo cuando él convertía, misteriosamente le llovían las chispas de color como si en verdad una hinchada fantasma, imaginaria lo ovacionara. Llegamos cuatro a cuatro, sudorosos y eufóricos de festejos más que de esfuerzo, ambos habíamos intuido un par de penales pero no llegamos a taparlos; las rodillas estaban peladas, también los codos pero a esa altura nada valía más la pena que ganar aquel desafío. El último penal lo pateé fuerte arriba; cerré los ojos y le di de lleno al medio, apuntándole a la cabeza como me había enseñado el Chingo; nada pudo hacer el Rata que se arrojó al palo izquierdo soñando con el brillo y el tintinear de mis monedas que bailaban en el bolsillo.

A veces me pregunto qué hubiese pasado si tapaba el último penal, si aquella tarde y todas las tardes que vinieron luego de aquel empate agónico fueron reales o simplemente la primera imagen, cuando asomé mi cabeza por la grieta del galpón aquella siesta de ensueño, fue suficiente para crear y recrear una y otra vez al Rata y su mundo; al Rata y su magia, al Rata y a mí chuteando penales majestuosos.

Me tiré confiado sintiendo en mi pecho la certeza drástica del trayecto de la pelota, sin embargo en ese instante en que el cuerpo queda suspendido entre el cielo y el infierno, con los ojos gigantes, con las manos extendidas, desesperadas hacia el balón, hacia la vida, supe en mi corazón que despertaría para siempre y que las tardes, los penales, los murales en las chapas, los papelitos y el Rata

nunca hubieran existido. Cuando caí y el polvillo tenue opacó la escena, el sonido del balón dando en la base del caño y el viento leve que susurró en mi oído al traspasar la línea de gol me dieron la satisfacción de haber dejado entrar los sueños y poder volver al día siguiente.

Así fue cada tarde, cada siesta. Llegaba desesperado al galpón con las tortas que me habían sobrado, una gaseosa fresca y las ansias naturales de niño por ganar la contienda. Ingresaba por la rendija oxidada que simulaba la puerta y ni bien pisaba el suelo pálido del galpón respiraba hondo la humedad y el perfume a flores frescas que despedía el mural de la pared sur. Así cada tarde, cada siesta, el humo del fogón, la soga y la ropa extendida, la pelota inmaculada en el punto del penal, el silencio de ausencias viejas y sin trenes, el Rata que ingresaba lentamente, trancaba la puerta con la cadena y caminaba con su silueta de fantasma hacia mí dejando caer el saco. Penales, papelitos, gritos de gol atragantados en el tiempo, dolor en los codos, en las rodillas, en el alma. Empate una y otra vez. Deseos de volver a la vida.

"Cuando llueve no se puede jugar", me dijo cierta vez que al llegar al galpón encontré la cadena atravesada. "Cuando llueve juegan los niños que no tienen dónde ir, esos que se quedan bajo los toldos de los negocios mientras la gente pasa sin mirarlos como a mí. Yo no tengo hermanos pero en la calle somos uno solo; ellos viven en mí y yo en cada uno de ellos". Me asomé curioso como siempre pero no vi nada, sin embargo el sonido de voces felices jugando a la ronda, corriendo sin temor, riendo despreocupados de la lluvia y el frío me confirmó que el Rata no mentía. Se quedó sentado en el andén con su saco

misterioso mirando la infinidad de la vía, la distancia etérea que separa cada durmiente. Se quedó en silencio como quien espera un tren descalzo, lento y fatigoso que nunca llega. Yo a su lado, liviano, esperando un nuevo día.

Nos fuimos a probar porque él insistió que era el momento, que su tiempo había llegado, que ya había pateado muchos penales, que ya le alcanzaba la soledad y la tristeza que había juntado. Que ya había aprendido a vivir, a ganar, a perder y miles de veces a empatar. Nos fuimos a probar porque él me dijo que tal vez me llevaran a mí también. Yo lo acompañé, me había comprado unos botines nuevos que brillaban de ansiedad y hacían ruido sobre el veredín del andén mientras caminaba lentamente hacia la cancha de Caballero donde jugaban entre mezclados en el polvaredal blanquecino y sinuoso cientos de niños con sus zapatillas rotas, sus escuálidas siluetas sepias y un brillo en sus ojos como estrellas distantes.

El Rata dejó el saco al lado del arco y dio un trotecito corto sobre la línea de cal, como para calentar el alma. Yo lo miraba intrigado. Había hundido los tapones puntiagudos en la tierra suelta, mientras disfrutaba del sol tibio que asomaba después de la sutil llovizna de aquella tarde. No tenía ganas de correr, ni siquiera de darle a la pelota, me sentía cansado, somnoliento, como aturdido por un murmullo de voces lejanas que no alcanzaba a distinguir. Las zapatillas del Rata estaban tan lisas y gastadas que ni siquiera dejaban marca cuando corría a orillas de la cancha. Seguramente tantos penales y festejos en las infinitas tardes de siesta en el galpón le robaron con descuidos de pobreza los dibujos de la suela. Cuando don Felipe le pegó el grito para que entrara, el Rata se quedó inmóvil,

inconcluso, desencajado. Su tiempo había llegado, su instante de gloria, esa que define destinos, caminos, sueños; o que condena ilusiones y las encierra en galpones opacos por el resto de la vida. Me miró dudoso buscando en mí el consentimiento definitivo que lo lanzara de una buena vez al abismo triunfal. Su costal de misterio estaba allí, su pobreza cómplice y descarada de niño bueno contrastaba con la escena que lentamente se apoderaba de él arrastrándolo al potrero sin tiempo donde cientos de chicos soñaban sus sueños. Yo estaba ahí, pero según supe después, no era mi momento, quizá por eso cuando se dio vuelta para ingresar a la cancha le pegué el grito "tomá los botines Rata. Mucha suerte". Yo aún no los necesitaba.

Ni bien lo vi desbordar por la banda eludiendo rivales sin que la pelota se le despegara del botín, supe que el Rata estaba para otra cosa, que la habilidad y destreza con que enfrentaba la vida le sobraban para jugar en cualquier potrero. No había forma de detenerlo, a veces se volvía invisible cuando tiraba una gambeta y aunque los defensores se esmeraban en pararlo tirándose a sus pies, multiplicándose una y otra vez, tratando de agarrarlo de la camiseta harapienta que lucía majestuoso. No había caso, el Rata se dirigía audaz, atrevido al arco rival, dispuesto a enfrentar al arquero que se agigantaba bajo los tres palos del cielo, de su cielo y que reía burlón como la gente en la calle. Sólo vi su silueta flotando entre la inmensa nube de polvo, cuando eludió al portero de todos los tiempos, cuando el desparramo de aquel gigante tirado en el área le abrió el camino límpido para convertir, para convertirse ...

Ni bien ingresó el balón, el silbido diáfano del viejo tren estremeció el silencio. Los niños desaparecieron para

siempre del potrero y el Rata con su misericordiosa humildad lloraba arrodillado con un desconuelo de niño solo que conmovía. Desde el cielo límpido caían papelitos multicolores, una tribuna invisible alentaba al héroe, él extendía sus brazos como dando las gracias. Don Felipe se acercó lentamente hasta llegar al Rata, le extendió su mano añosa, arrugada y lo incorporó con suavidad. Así partieron despacio degustando la tierra fresca del potrero que se desvanecía tristemente como un espejismo ante mis ojos. Caminaban sin mirar, sin hablar como si se conocieran de toda la vida, de muchas vidas quizá. Yo los seguía tranquilo, con el saco del Rata al hombro sintiendo por primera vez el peso misterioso de aquel costal y su carga. A lo lejos el tren había detenido su marcha dando respingos de fatiga, de esperas lejanas, infinitas.

Cuando nos despedimos la tarde ya había caído, el sol ya no quemaba como en las siestas que alguna vez compartimos. Caminó hasta mí con soltura, era la primera vez que lo veía sin su saco al hombro. Los tapones puntiagudos seguían regalando un sonido tibio cuando se desplazaba por el veredín. El tren humeaba impaciente mientras don Felipe le entregaba dos monedas doradas en forma de pago al boletero que se acomodaba su gorra una y otra vez.

- ¿A dónde vas? -le pregunté confundido aunque dentro mío sabía de sobra dónde iría.

- A jugar en primera. -Me contestó con su voz chillona.

- Llévame con vos. Yo no juego muy bien, pero podemos entrenar en las siestas. Además vos vivís solo.

- No amigo ya no voy a estar solo. Además éste no es

tu tren, todavía te quedan muchos penales por patear. Me quedé llorando, sintiendo el dolor a ausencia, a incertidumbre, a soledad.

- ¿El saco Rata, no te lo llevás?

Me dio un abrazo tierno, compasivo y se despidió.

- Hasta que tomés tu tren el saco es tuyo.

La vieja campana que colgaba en la galería de la estación sonó enérgica, estridente. El boletero con su voz ronca de años de oficio llamó por última vez a los pasajeros. Don Felipe tomó de la mano al Rata y lo ayudó a subir al único y despintado vagón de aquella celestial caravana. Me quedé parado en el andén con el saco de mi vida a cuestas mirando al Rata y su partida a través de la ventanilla cristalina que reflejaba la figura de un niño solo con un saco al hombro y lágrimas en sus ojos estancado en el andén sin tiempo de la vida y de la muerte.

Cuando el Negro Vásquez me auxilió el Roly ya había huido, no hubo tiempo para perseguirlo siquiera. El golpe en la espalda con el canasto del bicicletón me hizo volar hasta la cuneta donde fui a dar de lleno con la cabeza en el cordón. Yo lo sentía al Negro que me hablaba, que me abrazaba como a su hijo, pero cada vez lo sentía más lejos y distante, su voz se perdía y su rostro lentamente se fue desvaneciendo con el reflejo del sol tibio de aquella mañana. Lo último que pude percibir fue el tintinear de las monedas que juntaba cada día con las propinas para comprarme los botines de fútbol, y el murmullo de la gente curiosa que se acercaba a la esquina de la plaza. De pronto todo quedó en silencio; las personas con sus voces y sus rostros desaparecieron, el viento se puso manso, la mañana triste. Me sentí liviano, tranquilo, me incorporé

lentamente, me sacudí la ropa y salí caminado por calles desconocidas pero placenteras. A lo lejos el silbido diáfano de un tren me sedujo el alma y me dejé llevar despreocupado. No quise mirar atrás, supe en mi corazón que había cerrado los ojos por un momento.

Mi madre cargó conmigo durante dieciocho días en aquel viejo hospital. Cuenta que fue uno de los inviernos más crudos de aquellos años. Lo dice porque pasó tres noches enteras sin dormir, viendo cómo el mundo se vestía de blanco y cristal con las heladas despiadadas y resurgía lentamente con el sol vergonzoso y el ruido de los autos que poblaban la ciudad de San Martín. Luego caminaba hasta la capilla envuelta en sus ropas humildes y al igual que con mi padre, le rezaba a la virgen sin levantar la vista, ni derramar lágrimas como le había enseñado su abuela Enriqueta. Recién al tercer día la dejaron entrar a cuidarme, mientras tanto los médicos me dieron de puntadas en la cabeza, me arreglaron el codo que se destrozó con la caída, y me trajeron a la vida después de unos cuantos minutos en los que vagué sin rumbo y sin recuerdos.

Cuando desperté ella estaba ahí acariciando mi pelo. Ella estaba ahí como tantas veces, mirándome enamorada con su sonrisa de cielo limpio. Ella estaba ahí con su corazón de "hasta siempre". Al principio no entendía qué pasaba, un tiempo sin tiempo había transcurrido en esos días sin dejar rastro alguno de imágenes y sonidos, sólo recordaba que íbamos a ir a probarnos con mi primo el Peña a la cancha de Caballero para ver si entrábamos a las inferiores del club; quise hablar pero el dolor en la garganta y la sed de fuego que sentía en el alma me dejaron en

silencio y desespero. El cuarto estaba en penumbra, no podía ver siquiera qué había en los pies de la cama; sólo pude distinguir la manguera transparente de la sonda que atravesaba de un lado a otro la habitación y el humo suave que despedía el viejo termo que mi mamá ocupaba para el mate. Me dormí tranquilo, ya no sentía tanto miedo; lentamente ingresaba al mundo de los sueños. El sonido de la puerta cerrándose, unos pasos casi imperceptibles que se acercaban y la figura difusa de alguien que se paraba frente a mí me alertaron, atiné a tomar la onda en mi cuello, pero sólo encontré un raspón viejo que me ardía, y el crucifijo piadoso de Jesús. Me aferré a él y cerré los ojos.

Mi madre jaló del cordel de la persiana con suavidad, una luz tenue y apacible iluminó el cuarto, me desperecé con desgano como a quien le interrumpen la siesta de su vida. Un sol armonioso y profundo se colaba por el ventanal que daba al parque Sarmiento; algunos niños corrían divertidos detrás de una pelota nueva que flotaba majestuosa sobre el verde pasto; frente a mí un jarrón cristalino y de cuello alargado, que como un puño apretado ahorcaba un ramo de flores fresca despidiendo nostalgias y un perfume ligero de mañanas de campo.

Ya era agosto, mucho tiempo había pasado desde el accidente y yo seguía internado con mi codo destrozado y sin poder mover las piernas. Ya era agosto y los regalos del día del niño, se desparramaban por toda la habitación como bártulos inútiles ocupando un espacio afligido, sin color ni movimiento. Mi madre ingresó ansiosa como cada mañana, con las tortas de chicharrones calientes y un mate que a pesar del tiempo seguía regalando un gusto a esperanza que la hacía sonreír. Acomodó las cosas sobre una silla vieja

que ocupaba para dormir cada noche junto a mi cama y con un suspiro largo extendió su mano.

- Esto me trajeron para vos. (me acercó un saco viejo y destejido con un bulto en su interior)

- ¿Qué es? (Pregunté sin darle importancia).

- No sé; me lo dejó una señora flaquita con un mameluco blanco, anoche cuando cerraban el horario de visitas. Me dijo que su hijo lo había encontrado el día del accidente en la acequia. Parece que trabaja en la fábrica, estaba apurada por eso no entró a saludarte.

Lo dejé en los pies de la cama, estaba tan desahuciado que no atiné a abrirlo siquiera. Ese día me entretuve mirando el mundo que pasaba indiferente por la calle; los autos, las palomas que revoloteaban inquietas sobre las copas lejanas de los árboles, la gente que miraba sin mirar, los niños que caminaban sin rumbo refugiándose bajo los toldos de los negocios. La vida sin vida.

El ruido de unos tacos inquietos que se desplazaban en la penumbra me anunció la repetida medicina; me hice el dormido dando la espalda a la puerta, tratando con mi gesto de volverme invisible por una vez en la vida. Sin embargo la enfermera no acarició mi pelo como cada madrugada tratando de despertarme; una silueta consumida y encorvada se detuvo al lado de mi cama, su sombra se proyectaba casi imperceptible sobre la pared del cuarto. No quise darme vuelta; un escalofrío de recuerdos me llenó la memoria. Él tomó el saco que flotaba en los pies de mi cama con sutileza, lo abrió tiernamente y depositó su contenido sobre la comfortable almohada. Echó mano a unas monedas que flotaban melancólicas sobre la mesa de luz y se marchó para siempre.

El doctor Ripamonti nunca entendió cómo de un día para otro pude volver a caminar, y mucho menos a jugar al fútbol un par de meses después. La lesión había sido tan extraña como mi mágica recuperación. Sin embargo con mi madre compartíamos esa silenciosa complicidad y el recuerdo de penumbras en aquella madrugada en la que aparecieron unos zapatos de fútbol nuevos y lustrosos sobre mi almohada. Ella con lágrimas en los ojos jura y perjura que aquella noche no vio nada



INVICTOS

Ella sólo se asomaba a la pequeña ventana cuando caía la tarde y la vieja cancha se poblaba de voces jóvenes, de risas y sueños. Se apoyaba en el marco despintado de la marchita ventana y ahí atardecían sus ojos viendo entre la polvareda despiadada de la villa, cómo caía el sol y se apeliaban lentamente los pasillos de la Horqueta.

Poco sabíamos de Nancy. Había llegado desde Las Heras luego de una tragedia familiar que la dejó huérfana de afectos salvo por doña Marcelina su tía, quien se había hecho cargo de ella, de su tristeza y su tremenda hermosura.

Entrenábamos siempre en el arco que daba a la casa de don Tito, descocíamos a pelotazos las ilusiones y la emparchada tela oxidada que el viejito había colocado para que no pasara la pelota a cada rato, le rompiera las pocas plantas que cuidaba con esmero doña Blanca o le destrozaran los vidrios de la ventana de la pieza que daba a la cancha. Al principio don Tito nos daba la redonda sin problemas, le gustaba vernos jugar, le traía recuerdos gratos de sus años de lateral derecho allá en Boedo. Nos veía y se figuraba atravesando la banda a toda velocidad y lanzando centros certeros a la cabeza de San Filipo, su primo lejano según contaba en ruedas de amigos, fotos descoloridas y grapas secas. El Chino Talquenca cuando veía que el viejito salía y se sentaba en el tronquito de la



puerta de casa para vernos patear, corría como loco y relataba la jugada diciendo en vos de locutor de radio "la lleva Tito Molina por la derecha, desborda a toda velocidad por la banda, va a tirar el centro para San Filippo". Todos nos matábamos de risa, don Tito se paraba ansioso imaginando la jugada que terminaría en gol y abrazo, hasta que se daba cuenta de la broma y se volvía a sentar en silencio. Apenas se cruzaba la pelota se tomaba revancha el viejo zorro y nos hacía regar todo el frente. Construíamos filas y pasa mano del canal hasta la cancha acarreando los baldes para que nos devolviera la única pelota que teníamos para entrenar.

Ella simulaba en la ventana no mirar, aunque de vez en cuando se cepillaba su largo pelo castaño con sutileza y

regalaba una sonrisa entristecida, casi imperceptible que llegaba hasta mi alma como el susurro del canal en las silenciosas madrugadas de la villa.

Fue el inicio de mi carrera en la primera del club. Llegar a jugar con leyendas del glorioso club Espejo como lo fueron Marcos Talquenca, José Sánchez, el Bebe Cejas o José Luis Oviedo no sólo era un orgullo para mí, sino también para mi padre que seguía todos los partidos que se jugaban de local sentado bajo la ramadita de nuestro rancho, soñando con que algún día yo lograra lo que él nunca pudo por criarnos y darnos estudio. Yo crecí con aquellos hombres forjados a lo guapo, héroes de nuestro pobre, pero exquisito fútbol de los barrios. Crecí gritando emocionado sus goles, imitando en los potreritos sus gambetas y su coraje. Crecí viendo cómo el Flaco Landucci desparramaba rivales y destrozaba las redes contrarias a puros cabezazos, cómo el Zucundú Oviedo bailaba sobre la pelota y tiraba bicicletas a sus rivales con total descaro. Yo crecí con un guardapolvo siempre blanco por las mañanas y una pelota de cualquier tipo y material por la tarde.

La Horqueta siempre tuvo mala fama, es decir los comentarios típicos que se escuchan de las villas que subsisten de la sangre derramada por las ciudades. No voy a negar que fuera complicado vivir allí. De vez en cuando y en noches cerradas se escuchaban corridas y gritos secos que paralizaban la sangre; voces melancólicas y distorsionadas de alcohólicos añejos regando el silencio de los angostos pasillos del rancharía; atropellos furtivos de las patrullas policiales o vaya a saber qué patrullas que ingresaban decididos a llevarse a algún refugiado o fugitivo. A todo nos acostumbrábamos sin darnos cuenta

que la vida seguía su ritmo. No era fácil vivir allí, a pesar de que la mayoría de la gente trabajaba y se ganaba el sustento diario como cualquiera, el murmullo en las afueras era constante y discriminatorio. A veces costaba conseguir trabajo; así que en épocas de temporada salíamos a cosechar en grandes cuadrillas; o sino la gente de las armas llegaba de madrugada, cargaba a todos en los camiones verdes y nos llevaba de pura prepotencia a las fincas de los siempre feudales a cosecharles la uva o limpiarle sus botas. Nadie decía nada, a veces no se podía decir nada. Como una familia nos trasladábamos temprano a las fincas y allí mientras las manos se movían presurosas entre la fruta, los sueños de los domingos de fútbol y gloria florecían a cada instante y no había entre los hombres otro tema para hablar que no fuera ese. De sepa en sepa se oía el murmullo incesante de alguna jugada o de los fallos del árbitro. En el callejón con los tachos al hombro siempre alguien se detenía para mostrar la marca de la patada asesina que le habían dado entrando al área, y que a la semana siguiente la misma marca servía para ser protagonista de otra jugada memorable. Entre los más jóvenes todo giraba alrededor del fútbol. Allí en la cancha éramos más que simples pibes de una villa; nos sentíamos importantes, responsables, dueños de la historia y el futuro de nuestro caserío. Allí se reivindicaba nuestra pobreza, nuestra humildad. Llegaba gente de todos lados a vernos jugar, dirigentes de clubes importantes de la provincia y del fútbol grande más de una vez sedujeron los sueños de jugadores y familiares de algún talento joven que descocía su magia en la despiadada liga Juvenil del Este. Sin embargo nos gustaba jugar allí, en nuestra casa, impregnados por esa adrenalina, esa

vorágine desmedida que regalaban el campo de juego y sus adyacencias. Quizá por eso ninguno de nosotros trascendió más allá del canal y las vías.

Llegué a la primera división sin haber jugado siquiera un partido en la reserva del club. Sin que me diera cuenta don Feliciano López, el presidente, me había observado cada tarde mientras pateábamos con los pibes en uno de los arcos. Sólo tenía diecisiete recién cumplidos, un par de zapatillas mal cocidas que cuidaba como oro y que sólo usaba para jugar, y un derechazo despiadado de media distancia que atravesaba sueños y redes como un pájaro en pleno vuelo. Don Feliciano ni siquiera habló conmigo para preguntarme si quería jugar. Así era la cosa por entonces. Fue a mi casa, se encerró con mi padre en el pequeño comedor y entre vinos dulzones y una tertulia de viejas épocas de gloria que duró casi toda la tarde cerraron el trato y mi destino. Yo escuchaba colgado de una rama, detrás de la ventanita que daba al canal mientras el Pepe y el Mono Zárate me tiraban cascotazos y se mataban de risa tratando de hacerme caer. Sólo oí el final de la conversación, cuando por fin abrieron la destartalada puerta que daba a la cancha. Mi padre con un tono tristón le dijo: "no quiero que le pase lo mismo que a mí", y don Feliciano, después de un silencio eterno de recuerdos respondió: "se lo prometo". Dos cosas se vinieron a mi mente en ese instante: la sonrisa entristecida de Nancy apoyada en la ventana mientras bajaba el sol, y de dónde iba a sacar plata para comprarme unas zapatillas nuevas.

Ella atravesaba cada mañana la cancha y como una estrella fugaz dejaba impregnada su estela de hermosura y rubor con cada paso que daba. Doña Marcelina, que no la

dejaba sola por nada del mundo, caminaba a su lado como su cruel carcelero, con paso firme y resuelto no daba tregua para que alguien se acercara siquiera a hablarle. En las tardes cuando nos juntábamos con los pibes a patear, yo buscaba sus pasos y los seguía lentamente posándome sobre ellos, tratando de descubrir su nostalgia, respirando el aroma tierno de su piel que aún flotaba suave en el aire de la villa, sin que nadie se diera cuenta. Cada mañana ella atravesaba la cancha con su falda larga, su pelo recogido y una camperita blanca de hilo que la hacía casi imperceptible. Sin embargo cuando el sol comenzaba a delinear su sombra, esa imagen frágil y tierna se revelaba imponente expresando con la gracia de la juventud el vaivén de sus caderas, y las perfectas curvas de su cuerpo. Yo la veía pasar cada mañana, respiraba hondo y con eso ya me alcanzaba el aire para vivir un día más y patear con todas mis fuerzas desde media distancia.

Sólo se entrenaba los martes y los jueves, porque casi todos los jugadores trabajaban. Yo era el único que estudiaba, y era bueno en la escuela, fui el primero de mis hermanos que terminó la primaria sin repetir ningún grado, ni pegarle a una maestra. El secundario era un poco más difícil, muchas veces tuve ganas de largar y ponerme a changuear como los otros pibes, pero mi viejo me había sentenciado a los libros y la corbata si quería seguir jugando al fútbol. Después de todo aquél era el último año y al finalizarlo obtendría el título de bachiller igual que el Negucho.

En el primer entrenamiento, después de que don Feliciano me presentara al equipo, me dieron la bienvenida. Me dijo: "vos pibe tranquilo, si te pegan o alguno se hace el

guapo yo me encargo, jugá como vos sabés y no tengas miedo, que dentro de la cancha nadie mata a nadie." Algunos ni siquiera me hablaron sobre todo los más viejos que al estrecharles sus manos me apretaron con fuerza y me atravesaron con sus miradas asesinas, las mismas que utilizaban en los partidos para dirigirse al árbitro o algún rival joven, como yo. Sin embargo esos hombres, de piernas gruesas, aliento a vida oscura y voces firmes, dentro de la cancha ni se fijaron en mí, yo era uno más y así me trataron. Hicimos un picado entre la defensa y la delantera, paramos de vez en cuando para remarcar alguna jugada con pelota parada y practicamos penales, una y otra vez, ya que el último campeonato habíamos quedado a fuera con Barcala por dos disparos mal ejecutados. La tarde había comenzado a palidecer, un susurro casi imperceptible se despegaba tiernamente desde el otro arco. Ahí estaba ella, como un oleo fresco en su marco empobrecido, viendo caer el sol, cepillando su pelo, regalando su sonrisa entristecida. Me di cuenta que la amaba.

Doña Marcelina era el peor defensor que me tocaba enfrentar. Ella tenía experiencia y conocía cada una de las artimañas de los hombres para acercarse a las mujeres. Nada ni nadie había podido con aquella matrona protectora en los últimos veinte años. Sus dos hijas, la Bibiana y la Noemí, habían salido de la mano de su padre vestidas de blanco y entregadas a sus respectivos hombres en el altar castas y puras, sin un dejo de sospecha de parientes o vecinas mal intencionadas. Qué no hicieron esos hombres para quedar un momento a solas con sus novias, cuánto dinero gastaron tratando de, como dice el dicho "hay que conquistar primero a la suegra y después ala hija", sin

embargo ella era insobornable, incorruptible. Yo sabía de memoria los horarios de Nancy, conocía cada paso que daba, cada descanso que hacía, e incluso la ropa que usaría cada día de la semana. Comenzaba el día temprano camino a la iglesia, donde pasaba una hora reloj orando en el tercer banco de la fila derecha, mientras doña Marcelina deambulaba de un extremo al otro bailando con el lampazo bendito, prendiendo velas, y acicalando a los santos. Después, de regreso a casa se detenían en el mercado de los Caballeros en la calle Espejo, pasaban por don Crespín, el hermano de don Tito a dejarle algunas provisiones y limpiarle un poco la vieja casita a orillas del canal, y así rumbeaban para su casa, donde abrían de par en par las ventanas. Nancy tendía las camas, limpiaba y regaba las plantas, mientras su fiel custodia preparaba la comida. De tarde dormía la siesta, hasta que empezábamos a jugar a la pelota, momento en que ella salía, se apoyaba en la ventana y esperaba la caída del sol. Ésa era su vida, un círculo infinito de rutina y soledad que la alejaba del mundo. Yo esperaba el momento, un destello fugaz, un descuido, un segundo para sonreírle.

Comencé el campeonato al banco como era de esperar, sin embargo yo sabía que la gente hablaba de mí. Algunos decían que había llegado porque don Feliciano le debía favores a mi papá, otros porque pateaba como una mula, y los más acertados comentaban que el Cachín Méndez se retiraba y que no había nadie en la Horqueta que jugara tan parecido a él como yo. Él era un ocho exquisito, de esos que llegaban al gol con fuerza y habilidad. Jugaba en primera desde los dieciséis años cuando reemplazó a su padre en la final memorable que Espejo disputó con el Güemes.

Cuentan los que estuvieron ahí, que al ver a su papá con la pierna rota después de una patada certera del central, entró corriendo, lo sacó en andas hasta la línea como a un herido de guerra, se puso la camiseta del viejo y le gritó a todos los que estaban en la cancha, que él era el hijo del Nolberto Méndez, y entraba para ocupar su lugar. Nadie dijo nada, ni siquiera el árbitro que miró al capitán contrario esperando una objeción, a lo que el tipo respondió con voz ronca: "así son las cosas acá, no hay mariconeadas. Si el pibe es Méndez y se las aguanta, que juegue, carajo". Desde ese día se ganó el respeto de todos, no sólo porque se las aguantaba, sino porque hizo un gol de treinta metros, rompió la red y le dio el primer título al club.

La cancha estaba dispuesta de norte a sur, había sido construida por los primeros vecinos que habitaron aquel reducto custodiado por las vías y los canales. A diferencia de las canchas de otros clubes, la nuestra estaba situada en el corazón mismo de la villa, rodeada por las humildes casas de sus pobladores que a medida que llegaban plantaban sus ranchos donde más les gustaba siempre y cuando se respetara los límites del campo de juego. Algunas tan pegadas a la línea lateral que a veces cuando la cosa se ponía fea servía de refugio a jugadores o árbitros desesperados, o para alguna artimaña de distracción a favor de nuestro equipo. Así por ejemplo, soltábamos al Sultán con crema de afeitar en la boca para parar algún ataque peligroso del contrario, o hacíamos ingresar a los gemelos Tineo una y otra vez sin que el juez se diera cuenta; o doña Aidé, que tomaba clases de teatro en el salón municipal salía corriendo en medio del encuentro a los gritos y se desmayaba en pleno partido no habiendo forma

de reanimarla, hasta que nuestro técnico le hacía una seña secreta y la improvisada actriz se levantaba como si nada hubiese pasado y continuaba el juego. Sin embargo, la mejor de todas, la más ingeniosa y efectiva eran las hermanas Rivera mostrando sus partes íntimas o distraiendo al arquero contrario con sus movimientos, gemidos y palabras soeces que terminaban por volver locos a los jugadores. Más de una vez, porteros y hasta jueces de líneas desaparecían misteriosamente en medio del partido atraídos por las ninfas que arrastraban a sus víctimas a las adyacencias de la villa, y regresaban sin ropas y con un marcador desfavorable. Todo era válido, todo estaba permitido, siempre y cuando no hubiese armas que empañaran la única distracción o sentido de vida que muchos de nosotros teníamos. Se ingresaba por un caminito estrecho construido con palos y tablas que hacían de puente. Era tan pintoresco como el de La Boca, un lienzo atravesado simulaba la taquilla cuando se jugaba de local, y a veces cuando el partido era importante le poníamos un traje de policía que habíamos encontrado en el canal a don Gervasio y él sujetaba a la gente que se agolpaba por entrar. Un gordo grandote con cara de asesino serial pero de corazón tierno cobraba la entrada, y metía miedo a los visitantes que se atrevían a pisar la Horqueta. Siempre era necesario juntar unos pesos para pagar las planillas, darle unos mangos a doña María por lavar las camisetas, sobornar a los jueces en caso de partidos decisivos, o pagarles a los refuerzos que al fin de cuentas se quedaban en el bar y terminaban gastando lo que se les daba. Así era un domingo de fútbol en nuestro hogar, gente rodeando el campo de juego, bebiendo sin discreción, niños descalzos

de felicidad, un bullicio intenso con sabor a hazaña cada vez que la roja pisaba la tosca reseca de la "Bombonera". Ni siquiera el tren de las cinco podía con el grito de gol de la hinchada de Espejo.

Antes de que cayera el sol, me hice el distraído y pateé la pelota cerca de su ventana. Ella estaba ahí como cada tarde, esperando que los últimos rayos le rozaran la piel para despedirse del día. Al llegar a su lado sentí que el corazón me pateaba el pecho, y que en vez de un fútbol tenía una paloma entre mis manos dispuesta a dejar en libertad. Levanté la vista y encontré sus ojos llenos de ese fulgor tierno que regalan los atardeceres mendocinos. Ella me miraba.

- Quiero verte.
- En la iglesia, antes de que llegue con doña Marcelina.
- ¿Cómo hago?, ¿dónde?
- Hablá con el Padre Juan, él sabe de vos.

La voz de su custodia sonó estridente justo cuando la penumbra comenzaba a ocupar el destino de los ranchos, y su silueta se desvanecía lentamente por la pequeña ventana de su cuarto.

Nadie hubiese podido dormir después de aquellas palabras, así que dejé que todos se fueran a acostar y me senté a orillas del canal junto al reflejo tembloroso de aquella luna de agosto a pensar qué le diría. La noche se diluyó tranquila imaginando jugadas y momentos de amor junto a ella. Comenzaba a aclarar, y esta vez entraba de titular.

Empezamos el campeonato ganando. Nuestro primer partido de local fue un trámite. Jugamos contra Divisadero

y sin sobresaltos ni tener que aplicar ninguna artimaña el Zuco hizo dos goles en el primer tiempo; el primero por arriba del arquero con tanta sutileza que el portero se dio vuelta a mirar cómo entraba la pelota sin siquiera atinar a arruinar aquella obra de arte. En el segundo hizo tantos amagues en el área que el revuelco de los defensores levantó tremenda polvareda que ni siquiera el árbitro pudo divisar cuándo entraba la pelota. Entré los últimos veinte minutos por el Cachín Méndez, quien sentía cada vez más el dolor en su rodilla derecha, y un pinchazo en el alma con sabor a despedida que le entristecía la mirada. Cuando pisó la línea de cal para salir se me acercó y con una palmada en el pecho me dijo: "pegale de afuera pibe, que el arquero es malo". Sólo asentí con la cabeza y aunque no me quedó ninguna para darle me sentí tranquilo y feliz dentro de la cancha. Mi padre miraba el partido sentado en su silla de totora debajo de la ramadita de su rancho, y aunque no la encontré sentía que ella también observaba desde alguna parte.

Hablé con el cura sin tapujos ni vueltitas, a lo hombre como me había enseñado mi tío Héctor. Le dije sin más preámbulos que el amor que llevaba dentro, que soñaba cada día con Nancy y que no había en el mundo nada ni nadie que pudiera evitar que pasara el resto de mi vida junto a ella, ni siquiera doña Marcelina. El curita escuchaba tranquilo, me dejó destilar mis sentimientos sin interrupciones, mientras tomaba con calma un mate viejo y tan humilde como sus ropas.

Desde ese día nos encontrábamos cada mañana en el confesionario de la iglesia, mientras doña Marcelina cumplía con sus deberes celestiales. Nos contamos de

principio a fin nuestras historias, nuestros sueños y los deseos de pasar la vida juntos. Sólo podíamos rozar nuestras manos por entre la pequeña reja de la casilla, y con eso nos alcanzaba para sentir que éramos el uno para el otro. Durante la fugaz hora que compartíamos cada día, planificamos nuestros destinos, desde salir fugitivos de la villa una noche oscura y silenciosa, hasta envejecer juntos en un hogar lleno de niños donde el sol poblara los espacios de nuestras vidas cada mañana, y cada atardecer juntos, a orillas de un ventanal de sueños.

- "Haría cualquier cosa para que fueras feliz", me dijo la última mañana, cuando doña Marcelina fiel a sus instintos nos descubrió en el pequeño cubículo, y se la llevó a empujones de la casa del Señor.

El fútbol de los domingos seguía como siempre, perfumado con el aroma rancio de la pobreza de los barrios, con el color y la alegría de los equipos y sus seguidores, con la simpleza mágica de una pelota uniendo las ganas de los que corren detrás de ella soñando alcanzar sus sueños. Cuando nos tocaba viajar nos llevaba don González. El viejito tenía un Ford destartado con barandas de madera que habíamos pintado de rojo y que no sólo usábamos como transporte oficial de nuestra hinchada, sino además para uso cotidiano de la gente de la villa. Así, por ejemplo había servido en más de una vez para transportar novios recién casados, salidas comunitarias en verano al río Mendoza; de ambulancia cuando había que salir disparando con algún borracho caído al canal o niño arrastrado por el agua, y un sinfín de ocurrencias que surgían de improviso y a las que por unos pesos el viejo accedía con una sonrisa. Nos llevaba por gusto, siempre decía que nosotros éramos un poco su

familia, y que mientras hubiera para el gas oil, él no tenía problema. Ya era la sexta fecha, el equipo jugaba cada vez mejor y al igual que el año pasado nos perfilábamos como firmes candidatos, no habíamos perdido ningún partido y al que menos goles le habíamos hecho era al Ñango que había cerrado su cancha con tela y a muchos de nuestros jugadores les daba un poco de miedo y le traía malos recuerdos, así que algunos salieron antes de tiempo y a pesar de terminar con ocho, le hicimos dos golazos. En San Carlos de Chapanay, uno de los clubes más próspero de la zona, nos sorprendieron con una cancha nueva, con banderines, líneas bien marcadas, tribunas y lo peor de todo "pasto". Parecíamos chanchos en las baldosas, muchos de nuestros jugadores tenían alpargatas no sólo por la pobreza, sino porque no soportaban los botines o las zapatillas cerradas. Ya a los quince minutos del primer tiempo perdíamos dos a cero y el Zuco Oviedo en un pique despiadado en el que no pudo frenarse había dado de lleno contra la pequeña tribuna de madera quedando atrapado entre los pechos gigantes de una gorda del equipo rival, que no desaprovechó la oportunidad y lo agarró a los besos despertando un amor tan pasional que lo tuvo a mal traer mucho tiempo. Sin embargo, nada podía detenernos, los suplentes que teníamos zapatillas se las prestamos a los titulares, y los que no consiguieron número mostraron su humildad y destreza descalzos en un partido que nos dejó el mote de "Pata sucias" a lo largo del torneo.

Todos los domingos algo nuevo, sorprendente. De local no había forma de hacernos un gol, con sólo decir que el Bebe Cejas, nuestro arquero, se ponía a tomar mates mientras jugaba porque era raro que le llegaran con

peligro. De visitante era distinto, todos querían terminar con nuestro invicto. Nos revisaban las planillas de arriba a abajo, nos embarraban las canchas antes de empezar los partidos sabiendo que muchos de nosotros jugábamos con zapatillas, nos ponían árbitros de dudosas procedencias que sucumbían a la elegancia de nuestro juego y terminaban cobrándonos más a favor que en contra. Sin embargo, la peor de todas y que desencadenó la tragedia aquella tarde en Giagnoni contra la Unión Vecinal Salvarredi, nos marcó para siempre y hasta el día de hoy la gente recuerda nuestra entrada triunfal al carrusel del "Curso de las Flores". Se jugaban veintidós minutos del segundo tiempo y seguíamos cero a cero. Ellos no encontraban forma siquiera de pisar nuestra área; nosotros a pesar de los dos goles anulados, seguíamos teniendo la bola y la trasladábamos de un lado a otro más por diversión y perversión que por ganas de hacer un gol. El Chicho Berrando bailaba con la pelota entre las piernas esquivando patadones y trompadas que el juez no veía, el Chino Talquenca se ponía a hacer jueguitos mientras los rivales ciegos de bronca lo correteaban más para matarlo que para quitarle la pelota. De pronto un cusquito negro y lanudo ingresó a toda velocidad desde nuestro arco, y fue directamente donde estaba el árbitro y después de darle unos mordiscones por las canillas al veterano, levantó su pata diestra y lo meó sin miramientos. El juez cansado del abuso desmedido del perro, fue corriendo hasta nuestro arco y echó al Bebe Cejas sin explicación alguna. Aquello era lo máximo, nos habían bombeado muchas veces, pero ese descaro ya rozaba la falta de respeto al fútbol y al reglamento. El Bebe que no entendía nada se quedó en

silencio con las manos en la cintura sin concebir, mientras a toda carrera el Marcos Talquenza, nuestro capitán empujó al árbitro y lo dejó enredado en la tela del arco. Cuando el juez intentó pararse el perro ya estaba encima dándole de tirones a sus pantalones. El revuelo no se hizo esperar y el Quito Constantini quiso copar la parada y ya no hubo marcha atrás al asunto. Fue la primera vez que estuve en un entrevero tan grande, aquello era una batalla campal entre jugadores, hinchas y hasta perros de uno y otro lado dándose a mano limpia en el barro que aún persistía en la cancha. No hubo forma de parar la contienda, ya nadie sabía quién era quién y de pronto te encontrabas dándole a tu propio compañero. Todo terminó cuando ya no quedaron fuerzas ni ganas de pelear y los dos capitanes salieron abrazados como amigos y rivales de toda la vida, se sentaron en la cantina y se pusieron a tomar cerveza como si nada.

Nos amontonamos en el viejo camión de don González y rumbo a la villa, a pesar de los golpes muchos íbamos felices, después de todo seguíamos invictos y punteros. Al llegar a la esquina de Veinticinco de Mayo y Espejo, la traición se había consumado dos móviles de la justicia nos bloqueaban la pasada, mientras aparecían policías armados por todos lados. De uno de los móviles se bajó el árbitro con su ropa destrozada por el ataque del perrito y un par de magullones que no supimos quién se los hizo, y señalando el camión nos acusó sin contemplaciones. El pobre viejo González no entendía nada, cuando se le arrió un comisario gordo y de vos ronca y le dijo: "me van a tener que acompañar". Así fue que el Ford, cargado con sesenta personas, embarradas, machucadas y con la calidez

del rojo distintivo de nuestras camisetas y banderas ingresaron a la calle Veinticinco de Mayo justo cuando transitaban los carros del corso. Quedamos en el medio, atrapados por los móviles policiales y la gente que se agolpaba a saludarnos y tirarnos flores, creyéndonos uno más de la colorida caravana. Qué íbamos a hacer, más que disfrutar el momento de gloria, nadie se preocupó por la comisaria, ni el árbitro, ni el partido. Muchos estábamos felices de estar allí, después de todo por una vez en la vida éramos parte de esa sociedad que tantas veces nos ignoraba y discriminaba. Algunos se animaron a saludar, otros se quedaron en silencio mirando ese mundo de alegría y color a orillas de la calle.

La última vez que la vi en la iglesia sus ojos me pidieron auxilio, y mi corazón acostumbrado a la dureza de la vida que me tocaba transitar, no estaba preparado para ese tipo de súplicas. Le había prometido amor, le había jurado con el último roce de nuestra piel que pasaríamos la vida juntos. No podía más que cumplir.

Esa noche, la noche anterior al encuentro no aguanté más la duda que me colmaba el alma desde que mi padre se reunió con don Feliciano, y le pregunté qué le había prometido el presidente del club. Eran comunes los silencios entre nosotros, sin embargo y después de rogarle que me lo dijera, contestó con un tono seco de nostalgias "que te saque de la villa". La sorpresa fue tan grande como la ilusión que de pronto estalló en mil imágenes de una vida distinta, de una vida junto a ella donde nadie nos conociera y no pudiera llegar doña Marcelina. Me encerré en la pieza y entre la luz ambarina del candil, el susurro del agua en el canal y el corazón a punto de explotar, tracé un futuro para

ambos.

La carta se la dejé en el marco de la ventana, apretada y oculta como nuestro amor, en la agrietada madera. Sólo rogaba que la descubriera antes que su custodia, para poder cumplir nuestros sueños.

El último partido de la zona que nos llevó directamente a la final se jugó de local. Al igual que nosotros el equipo de San Cayetano (Villa Ambrosio) había destrozado a cada rival con el que le tocó jugar, sólo había empatado un partido histórico con San Carlos de Chapanay, cinco a cinco, una tarde en la que no sólo cayeron goles de todos lados, sino también una manga de piedra en pleno setiembre que hasta el día de hoy se recuerda, por el desastre económico que le causó a los productores. El nueve de aquel memorable equipo había convertido catorce goles en siete partidos y ostentaba el record del flaco Landucci que el año anterior había hecho quince. Se llamaba Julio Aguilera, era sobrino de don Gervasio, uno de los mejores refuerzos de la liga.

Con un empate nos alcanzaba, así que el técnico armó línea de cuatro inamovible en el fondo, tres mediocampistas, dos delanteros, y antes de salir a la cancha en silencio y con una mirada penetrante y directa me arrojó la diez con un "no me fallés pibe, que si no, no jugamos más ninguno de los dos". Sólo atiné a mirar al Cachín que derrotado en un banco viejo del vestuario enroscaba las vendas sin levantar la vista.

El bullicio era intenso, cargado de esa euforia colectiva que sólo despiertan los potreros y el fútbol de los barrios. Puedo decir que no cabía nadie, las líneas de la cancha estaban delimitadas por la misma gente de uno y otro

equipo, los frágiles techos de los ranchos mostraban el colorido de algunos arriesgados simpatizantes que no querían perderse el encontronazo por nada del mundo, y hasta el tren de las cinco había detenido su marcha enterado del encuentro. Quise encontrar a mi padre en su silla de totora, pero la gente me confundía los colores, los rostros, las siluetas y al igual que la ventana de Nancy habían desaparecido entre la multitud. Estaba vez me encontraba solo, era hora de enfrentar mi destino y saber si era verdad que le pegaba tan fuerte a la pelota.

Por acuerdo de ambas hinchas y de los clubes, se había pactado no cometer desmanes, ni jugarretas. Hasta el árbitro había sido elegido por los dos presidentes a fin de dar legalidad al encuentro. Los perros estaban todos encerrados, a las hermanas Rivero les habían regalado un viaje al Carrizal por tres días con todo pago con tal de que no hicieran de las suyas, y hasta doña Aidé había jurado ni siquiera presenciar el partido por respeto a su comadre Ester González, referente del club contrario.

Era una verdadera fiesta, el fútbol en su máxima expresión, en sus orígenes, fluyendo desde lo marginal, lo humilde, lo mágico. El fútbol con descaro, sin límites o prohibiciones el juego universal de los cara sucias, de los botijas, de los cabecitas, donde todos los participantes se equiparan y fusionan en un tiempo sin tiempo que los transforma de un instante a otro, en héroes o villanos.

Ahí estábamos dispuestos a dejar la piel una vez más. Formamos en el centro del campo de juego de espaldas a la calle Espejo, es la única foto que tengo de aquella época de gloria, aparezco estampado alzando la cabeza e inflando el pecho que me explotaba de orgullo por pertenecer a aquel

equipo de hombres y nombres históricos de nuestra querida Horqueta. Un instante, sólo una imagen.

Sólo referiré de aquel encuentro, que nada escapa al destino, a las voluntades y por qué no a los sueños. No fue un partido más, fue el momento, el espacio y el tiempo que definieron, no sólo mi vida y la de Nancy, sino también la de toda la villa y cada uno de sus personajes. Ya nada podrá escapar a las crónicas de aquel encuentro y sus consecuencias que perdurarán en el tiempo y la memoria del fútbol mismo.

Ya a los cinco minutos el Zuco había hecho de las suyas. Después de una pared casi a ciegas, quedó mano a mano con el arquero y al igual que Pelé en su legendaria jugada mundial, pasó por arriba de la pelota en diagonal sin siquiera rozarla y rodeó al arquero que despatarrado miraba cómo el jugador ingresaba con pelota y todo haciendo jueguitos y reventando el balón en la red como una explosión de flores que desataron la euforia y alegría de todos los hinchas, incluso algunos contrarios que jamás habían presenciado tamaña destreza y habilidad en un ser humano y mucho menos de alpargatas. El resto del encuentro fue muy parejo, ellos nunca se resignaron a nuestro juego, a los pases cortos, a la rotación de los volantes y delanteros que aparecían por todos lados como fantasmas. Siguieron intentando cuando les quedaba el balón con pelotazos frontales a su delantero estrella. Cuarenta minutos del segundo tiempo, y en la primera que le quedó no tuvo contemplaciones y entrando al área fusiló al Bebe Cejas que a pesar de la volada nada pudo hacer.

En el entretiempo no hicimos lo de siempre, suspendimos las cervezas que compartíamos con algunos

hinchas que se acercaban, y varios le pedimos al Gardelito que nos masajeara con ese aceite verde que guardaba celosamente para ocasiones especiales y que según él era mágico. A muchos de nosotros nos pesaban las piernas, sobre todo a mí que era el más chico de todos.

Al volver al campo de juego la cosa había cambiado, ellos dispuestos a todo pusieron otro delantero; y uno de los volantes le hizo marca personal al Zuco que no se dejaba de mover inclusive sin la pelota. Todo fue muy rápido, el cuatro que se escapa por la banda, amaga a tirar el centro, hace el enganche y se la tira para atrás al cinco que ingresaba a la carrera como el carguero de las diez entrándole de lleno. Fue una expresión colectiva la que inundó la villa: "huuu"; y después el grito de gol enloquecido, el descontrol de su gente que hasta entonces había guardado compostura y que ahora entraba a la carrera a abrazar a sus jugadores. La pelota ingresaba a media altura estrellándose en el palo derecho del Bebe y dando por terminado nuestras pretensiones. Sólo faltaban diez minutos.

Don Rodríguez no dudó, por algo era el mejor árbitro de la liga, sabía que yo era un pibe y que no me daba para tirarme. Por eso después de dejar al tercer rival en el suelo y perfilarme para darle con alma y vida cobró la falta en la puerta del área. La cobró por que fue falta, porque él se me tiró desde atrás y me arrastró con pelota y todo. La cobró por que era el destino, la esperanza mía y de nuestro equipo de tener una chance más.

Se la pedí a don Marcos, nuestro capitán, porque sabía de sobra que aquel tiro libre era mi responsabilidad, mi oportunidad. Recién ahí entendí lo fuerte que le pegaba a la

pelota, justo cuando vi como rompía la red al ingresar en el ángulo derecho. Salí corriendo y me abracé con el Cachín, después de todo era verdad que jugaba como él.

Ella me dijo aquella mañana en la iglesia que haría cualquier cosa para que fuera feliz y cumplió. Todos los caminos terminaban allí, justo en el último minuto cuando Julio se iba directo al gol y no tuve más chances que pararlo con aquel agarrón que sentenciaba el penal y mi expulsión. Todo concluía allí, justo donde había empezado, detrás del arco que daba a la vieja ventana de la pieza de Nancy. Justo detrás de mis sueños.

Caía la tarde, los tibios rayos del sol descendían lentamente como cada vez que entrenábamos. Salí despacio buscando la línea infinita que separa las hazañas futboleras de la vida cotidiana, derrotado una vez más por la suerte esquiva que persigue sin descanso a los pobres. Nadie me esperaba, todos miraban hacia el arco rogando un milagro, un suspiro celestial que cambiara el rumbo del balón.

Nadie lo esperaba y justo cuando el delantero rompería el record y terminaría para siempre con nuestro invicto, lo inesperado ocurrió. La ventana se abrió lentamente y los destellos cálidos de aquel atardecer iluminaron la silueta desnuda e irresistible de un ángel que al desplegar sus alas enmudeció a toda la villa y detuvo el tiempo con su hermosura haciendo que la pelota viajara por arriba del travesaño y se perdiera para siempre en las adyacencias misteriosas de la Horqueta.

Nadie recuerda nada, lo pregunté una y mil veces. Sólo dicen que al pibe le pesó la camiseta y la tiró afuera. Sin embargo yo estaba seguro de lo que había visto y sentido. Su aroma a flores frescas y la mirada entristecida de Nancy

se fundieron en mí para siempre aquella tarde.

Nos escapamos esa misma noche, después que el Padre Juan nos diera la bendición y nos trepáramos en el último tren carguero que pasó lento y fatigoso por la villa. Don Feliciano cumplió con su promesa, me sacó de la Horqueta, me dio trabajo y un hogar para empezar una nueva vida. Nunca más jugué al fútbol en ningún club, sólo a veces pateo con los pibes de la finca, mientras Nancy prepara la comida y cuida a nuestra hija Marcela.

Espejo salió campeón, así lo leí en un diario viejo que me llevó don Feliciano. Me contó que la final contra los Tucumanos se jugó en el Club San Martín a estadio lleno, y que fue el mejor partido que ha visto en toda su vida. "Ganamos cuatro a tres con uno menos casi todo el partido. El flaco Landucci hizo el último tanto y salió goleador del campeonato". Allí se los ve abrazados a don Marcos Talquenca y al eterno Cachín Méndez delante de una tribuna repleta de gente humilde y especial.

Al recorte lo tengo enmarcado y cada vez que lo miro la pierna derecha me tiembla. Un suspiro largo se me escapa y le cuento a mi hija que yo fui parte de aquellos héroes que practicaban un fútbol infinito y popular que trascendió el anonimato de los barrios para llegar a los diarios y relatos de toda la provincia. Nancy sonrío, ya no tiene la mirada entristecida y en la penumbra de su cuarto cuando cae la tarde, sin que nadie la vea, despliega sus alas

